

Alberto
Linero

Mi
vida
*de otra
manera*

 Planeta

Incluye
carta del
autor escrita
a mano

Alberto
Linero

Mi
vida
*de otra
manera*

 Planeta

Diseño de cubierta:
Juanfelipe Sanmiguel
Departamento de diseño Grupo Planeta

Fotografía del autor: © Camilo Rozo

© Alberto Linero, 2018
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2018
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá, D. C.

Primera edición:

ISBN 13: 978-958-42-7466-3
ISBN 10: 958-42-7465-1

Impreso por:

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

CONTENIDO

Introducción

Razones de una decisión

Nota preliminar

Mi historia, tu historia

Capítulo I

La mala noticia es que estás en crisis, la buena noticia es que estás en crisis

Capítulo II

Quien sabe agradecer sabe vivir

Capítulo III

El plan perfecto no existe

Capítulo IV

La vida vuelve a empezar

Conclusión

Lecciones aprendidas

A ti que me lees...

Agradecimientos

INTRODUCCIÓN



Razones de una decisión

Nunca me he sentido obligado por Dios a hacer lo que no quiero hacer. Siempre me he considerado libre y he tenido la claridad de que nadie puede tomar por mí las decisiones fundamentales de mi vida. Por eso no me ha dado miedo lanzarme a romper esquemas. Creo en la creatividad y en la posibilidad de repensar las cosas y comprender la realidad de una manera diferente de como lo hace el común de las personas. Es más, sospecho de las ideas que son aceptadas por la mayoría y tienen el respaldo de “todos”. Recordemos que, según los relatos de la Pasión, la mayoría del pueblo estaba de acuerdo en crucificar a Jesús.

Yo me siento dueño de mi vida. Sé que el Creador me la ha dado para vivirla en libertad y de acuerdo con mis propias convicciones. Por eso siempre me responsabilizo de mis actos. No soy sordo a las opiniones de los otros, pero me siento en libertad para ser yo quien define y decide. Me guían mi comunicación constante con Dios y los valores éticos, firmes e intensos que he cultivado durante toda mi vida. Procuero pensar antes de actuar y ser lo más proactivo posible con mis decisiones. Soy de los que mastica las cosas una y otra vez y macera bien sus ideas antes de compartirlas o de lanzarse a llevarlas a cabo. Soy consciente de que no se puede vivir sin un norte, sin una razón, sin un sentido, y por eso siempre tengo argumentos que defienden mis decisiones y mis acciones.

Por eso, cuando decidí pedir la dispensa de las promesas sacerdotales y comenzar a vivir mi vida de otra manera, nunca pensé que tuviera que explicar mi elección tan detalladamente a nadie. Creí que bastaba con exponer mis razones y dialogar con mis padres, mis superiores y otros a quienes mi decisión competía. Estaba seguro de que todos comprenderían que la vida es de cada uno y que hay decisiones que son individuales e intransferibles. Sabía que tenía un rol público, pero también comprendía que mi decisión formaba parte de mi fuero interno. Al fin y al cabo el único que vive las consecuencias directas de cualquier decisión que tomo soy yo mismo.

Pero me equivoqué. Cientos de personas de todas partes y por todos los medios me han exigido explicaciones. Me han cuestionado e interrogado con avidez. Hay quienes están interesados genuinamente en mí y quieren comprender lo que estoy viviendo, y hay quienes buscan afianzar sus preconcepciones sobre mí y justificarlas. También hay quienes me interrogan movidos por el morbo y quienes me señalan como si tuvieran cierto derecho sobre mi vida, simplemente porque alguna vez nos encontramos en alguna celebración de la fe.

Por eso he decidido escribir este libro. Aquí están consignadas todas las razones que me motivaron a tomar la decisión de retirarme del ministerio. Con serenidad y sencillez, quiero compartir qué fue lo que me llevó a decir: “Quiero vivir mi vida de otra manera”. Porque mis razones van mucho más allá del “me mamé de la soledad”, esa expresión

fuerte que utilicé en su momento y que tantas personas malinterpretaron.

En los días posteriores a la noticia de mi retiro, recibí tantos mensajes, tantas preguntas y tantas opiniones, que me sentí motivado a escribir este texto. Al principio tuve temor de hacerlo. No quería que nadie dijera que soy un orgulloso por exponer mis razones más personales o que quiero hacer de mi decisión un motivo de figuración. Pero después pensé que eso lo iban a decir así guardara silencio y concluí que lo mejor era expresar lo que tengo por dentro. Es mejor hablar que callar, reflexioné. Por lo menos en este caso.

Este libro es entonces una explicación para todas aquellas personas interesadas en conocer los detalles de mi decisión. En ningún momento es una justificación. Lo he escrito con total libertad y desde la honestidad y la autenticidad que quiero me caracterice siempre.

No me avergüenzo de nada. No he engañado a nadie y no he vendido una imagen distinta a lo que soy. Los que me han visto y escuchado saben a qué atenerse conmigo. No tengo dobles discursos ni me escondo detrás del burladero cuando el toro de las críticas sale al ruedo. Trato de ser transparente con todas las virtudes y carencias que tengo. Sé que muchos se molestan porque no escondo mis defectos, pero pienso que debo ser claro y frentero en mi vida. Estoy donde quiero y siento que puedo estar, de que mis palabras dicen lo que hay en mi corazón. Nunca prediqué lo que no estaba esforzándome por vivir, aunque eso no significa que siempre lo hubiera logrado.

Al día siguiente de hacerse pública la decisión, un antiguo alumno mío y compañero de batallas, Fredy Cantillo, escribió esto:

Ayer Alberto Linero me enseñó que, sin importar la edad, podemos cambiar la vida y empezar a construir la felicidad cuando queramos. Me enseñó que lo que importa es mi vida, aunque se me venga el mundo encima. Me enseñó que debo tener fuerza y coraje para romper mis propios patrones mentales. Me enseñó que la vida se asume con valentía y que no hay que temerle a nada, aunque tenga miedo. Me enseñó que todos somos vulnerables, pero que hay que mantenerse firme en medio de las pruebas. Me enseñó que cuando todo nos cansa y nos aburre, podemos decir: ¡BASTA, esta no es la vida que yo quiero! Me enseñó que podemos virar el barco cuántas veces queramos.

Ese texto me motivó a incluir en este libro algunas reflexiones que pudieran ayudarle a otros seres humanos a entender que siempre se puede cambiar de rumbo, que siempre podemos reinventarnos. Por eso, además de mis explicaciones personales, en estas páginas he consignado algunos pensamientos en torno a la posibilidad de empezar de nuevo y vivir la vida de otra manera.

Así, este texto está escrito en dos tonos: uno autobiográfico, que resume mis razones personales para comenzar una vida nueva, y otro un tanto más filosófico, que comparte reflexiones aplicables a la cotidianidad de todos. Así que este libro puede ser leído por cualquiera. Y especialmente por todo aquel que, teniendo cerebro y corazón, quiera rein

ventarse o necesite fuerzas para decir: “¡Basta, puedo hacerlo de otra manera!”.

Los cuatro capítulos del libro responden a esa lógica.

En el primero, me refiero a las bondades de las crisis existenciales, tratando de desmontar la idea de que las crisis son sinónimo de desgracia y mostrando que en cada una de ellas hay oportunidades y posibilidades que no podemos despreciar.

En el segundo hablo de la gratitud como único camino para dejar atrás lo pasado y seguir adelante. No se puede iniciar una nueva vida renegando del camino que nos trajo hasta aquí.

En el tercer capítulo hablo de cómo diseñar una vida nueva. Para ello hay que tener claro qué es lo que se quiere vivir, cuáles son exactamente los cambios que hay que hacer y qué consecuencias posibles estos pueden traernos. No se puede salir hacia delante sin saber para dónde se va; eso sería desperdiciar la oportunidad que la vida nos da para empezar de nuevo.

En el cuarto capítulo comparto lo que es lanzarse y aventurarse en el mar de la novedad. Para hacerlo hay que ser conscientes de la fragilidad de todo proyecto y echar mano de las fortalezas para seguir adelante. Una nueva vida se tiene que iniciar con emoción, ánimo, alegría y mucha firmeza.

Además, escribo una carta dirigida a cada lector de este libro, invitándolo personalmente a vivir la vida plenamente, a construir sus proyectos cimentándolos en sus valores fundamentales y a buscar aportar a la sociedad desde lo que mejor sepan hacer.

Plasmar mis ideas en este texto no ha sido tarea fácil, como tampoco lo fue tomar la decisión que me ha llevado a vivir la vida de otra manera. Por eso espero de corazón que estas reflexiones despierten en cada lector sus propias preguntas y lo motiven a tomar sus propias decisiones para convertirse en la mejor versión de sí mismo.

Que estas páginas te ayuden, amigo lector, a seguir creciendo como un ser humano dinámico que no tiene miedo de iniciar la vida una y otra vez.

NOTA PRELIMINAR



Mi historia, tu historia

Mi historia

Me llamo Alberto José Linero Gómez y fui ordenado como presbítero de la Iglesia católica en 1993. Llegué a ese ministerio después de un poco más de siete años de estudios en dos seminarios. La vida y las decisiones que he tomado me han puesto en contacto con miles de personas que he conocido a través de encuentros, congresos, predicaciones, cursos, clases, programas de radio y televisión, libros y, últimamente, las redes sociales.

A lo largo de los años he recibido el cariño y la calidez de muchísima gente en muchas partes del mundo. Hace poco, por ejemplo, conocí a una pareja que vive en Australia y que desde allá escuchaba todas las mañanas el programa *El Panel* que hacíamos en cadena nacional, en el que nos hacíamos preguntas sobre la vida y la fe que muchos dan por obvias. Fue genial saber que lo que se grababa en aquella cabina de la calle 80 con avenida Boyacá en Bogotá había llegado tan lejos.

Durante más de una década he escrito mes tras mes un oracional llamado *El man está vivo*, que no busca otra cosa que inspirar la oración en el corazón de la gente sencilla. Más allá de los millones de ejemplares de esta publicación que han llegado a toda clase de personas, lo que más me ha impresionado en esta experiencia es la respuesta de la gente. Es impactante recibir, por ejemplo, la carta de una mujer en una vereda escondida del mapa de Colombia en la que me dice que le pide a su hijo que le lea el oracional cada día, pues gracias a él recibe fuerza y ánimo para salir adelante.

Te cuento esto para mostrarte que a veces no es fácil dimensionar el alcance de lo que hacemos, y que a veces solo lo consideramos “pequeñas cosas”. Aquella historia de la semilla de mostaza en la Biblia definitivamente tiene mucho sentido¹.

A pesar de todo eso, y tras la crisis más profunda de mi vida, hace poco decidí retirarme del ejercicio del presbiterado y comenzar a vivir de otra manera. No fue una decisión fácil, desde luego, y en el camino hubo muchas preguntas y aprendizajes, los cuales comparto en este libro. Hablo desde mi historia personal, no porque considere que soy un mejor ejemplo que cualquiera que me lee, sino porque creo que las comprensiones que he ganado en esta experiencia pueden tener eco en tu historia personal. Es por eso que aquí no he querido formular teorías, sino lanzar un puente existencial desde mi vida hasta la tuya. Estas líneas son entonces una reflexión en voz alta sobre la posibilidad de volver a empezar en cualquier momento, sin importar la edad o el miedo a perder la seguridad, lo conocido, las rutinas y las certezas.

La noticia se supo la mañana del 5 de septiembre del 2018. Cuando llegué a la mesa de trabajo de BLU Radio, la emisora en la que trabajo, mis compañeros me propusieron hablar al aire de mi decisión, pues había muchas preguntas por parte de medios, seguidores, creyentes, no creyentes, etcétera. **Una de mis primeras respuestas fue: “Me mamé, quiero vivir la vida de otra manera”. No estaba improvisando. No estaba explotando ante una situación emocional. No estaba exponiendo una idea que se me acababa de ocurrir. No estaba apurando una decisión.** Esas palabras expresaban la determinación con la que quería superar una crisis que había vivido con mucha intensidad en los últimos cuatro años. Contenían la solución que había encontrado después de muchos ratos de oración y diálogo con Dios: retirarme era lo mejor que podía hacer.

Mi declaración no venía cargada de resentimiento, frustración, dolor o tristeza. Por el contrario, estaba impulsada por la esperanza, la coherencia conmigo mismo, la autenticidad y la firme creencia de estar haciendo lo descubierto en oración.

No he sido infeliz estos meses. No he dejado de conversar a diario con Dios, ni he dejado de creer en ninguno de mis valores fundamentales. No he cambiado de religión, no he traicionado mis promesas. He asumido mi crisis con la totalidad de mi existencia. Me he permitido vivirla como aprendí que se viven las crisis en la espiritualidad, a sabiendas de que las lamentaciones también son una manera de orar. He revisado y cuestionado todo lo que daba por seguro. He escuchado a los que amo y a los que me aman. He evaluado mi decisión con quienes considero que entienden la vida mucho más que yo.

En el camino he descubierto que necesito enfatizar otras áreas de mi existencia, que es posible recorrer otros caminos y atesorar otras experiencias, sacrificando otras posibilidades, sí, pero sobre todo siendo feliz ante el Dios que se nos ha revelado como Padre Amoroso. A mis 50 años, he encontrado que puedo ir más allá de los límites que el ministerio presbiteral, mi primera opción de vida, me había generado. No porque este sea limitante en sí mismo, ni porque los tratados o las postulaciones teológicas lo sean, sino por lo que los seres humanos de carne y hueso que hacemos parte de la Iglesia hemos hecho con ese ministerio.

Tomé una decisión que me hacía saltar al vacío, me quitaba la seguridad que me daban la Iglesia y el que había sido mi contexto durante 33 años (incluyendo mis años de formación). Con esa decisión salía el sol luego de la noche oscura de la crisis que había atravesado en los últimos años. Se derrotaba un gigante con el que había estado batallando y se abría un nuevo camino para recorrer. Lo paradójico es que entonces se generaba otra crisis: reinventarme, cambiar las lógicas y dinámicas de mi cotidianidad, enfrentar nuevos gigantes, encontrar nuevas curvas en la ruta... volver a empezar. Afortunadamente tengo claro que sin crisis la vida no tiene sentido.

En este tiempo, he pensado mucho en mi abuela. De ella aprendí que las dificultades y los problemas son oportunidades que nos da la vida para aprender. Cuando estaba triste o rabioso, cuando algo había salido mal en el colegio, en un partido de fútbol, en una

discusión con mis papás, yo la buscaba para que me abrazara y me diera la razón. Pero ella iba siempre más allá. Me escuchaba atentamente y al final simplemente preguntaba: “¿Qué aprendiste, Alberto?”.

Aquí quiero contártelo.

Tu historia

Tal vez tienes mi edad, o eres mucho mayor o menor. No sé cómo te llamas ni cómo te gusta que te digan. Tampoco alcanzo a imaginarme el tamaño de tus alegrías o de tus preocupaciones, aunque siempre pida que las primeras sean muchas y que puedas enfrentar las segundas con mucha fuerza. No se me haría extraño que ahora mismo estés enfrentando algún tipo de crisis, pequeña o grande. No hay que ser adivino ni tener poderes para suponerlo. Tampoco hay que escarbar teológica, filosófica o psicológicamente para saberlo. Lo sé porque las crisis forman parte de la vida y son grandes maestros para el crecimiento. Lo sé porque las cosas no siempre permanecen acomodadas como uno quiere y los planes no siempre se concretan exactamente como uno los soñó. Muchas veces nos sentimos perdidos ante una bifurcación en el camino, sin saber qué decisión tomar. **A todos nos llega un momento en la vida en el que sabemos que, por muy cómodos que nos sintamos en una situación, el camino ya no es por ahí. Entonces es necesario actuar de manera definitiva.**

Asumo que en tu vida hay de todo: penas, alegrías y todo lo que está en medio. Asumo que entiendes que por la vida no se puede viajar sin sobresaltos, sin mareas, sin turbulencias, sin oscuridad. Y asumo que sabes que eso no significa detenerse, ni renunciar. De lo contrario no estarías leyendo este libro. Lo haces porque quieres y tienes la certeza de que puedes hacer algo mejor, encontrar algo mejor, vivir algo mejor. Aunque no sepas bien cómo.

La crisis es creación, del caos aparece siempre la posibilidad de un nuevo orden, así nos lo enseñó el hábil Dios al hacer luz en medio del desconcierto en la primera página de la Biblia. Uno tiene que pasar por la adversidad, la indecisión, la confusión y el dolor para vivir una vida humana, para no ser una hoja en blanco guardada en un cajón sin jamás ser usada por nadie. No existe tal cosa como una existencia humana sin crisis. Esa, mi querido lector, mi querida lectora, es la vida. Y como dice la canción, “Lo siento mucho, la vida es así, no la he inventado yo”.

Si eres de los que lo tienen todo descifrado y controlado, si no cabe una sola duda en la despensa de tus certezas y tienes respuestas prefabricadas para todo — incluso desde la fe—, te pido que le hagas llegar este libro a un ser humano. Seguro le hará bien que tengas ese detalle con él. Si en cambio eres de los que tienen una vida con altibajos, es decir una vida real, entonces nuestras historias deben tener coincidencias e intersecciones en las que podemos aprender alguna lección. Estas palabras son para ti.

1 ³¹[Jesús] les refirió otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo, ³² y que de todas las semillas es la más pequeña; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de modo que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas. (Mateo 13:31-32, extractada literalmente de www.biblegateway.com)

CAPÍTULO I



La mala noticia es que estás en crisis, la buena noticia es que estás en crisis

Pasé muchos años intentando guardar intacto en mi memoria el tono de voz de mi abuela, su entonación, su ritmo al hablar, su inconfundible forma de mover el viento con el sonido de sus palabras para tocar mi corazón de niño. Invocaba constantemente frases, instantes, episodios con ella, temiendo el momento en el que no encontrara en mis recuerdos su voz. A veces creo que ya la he perdido, que si la oyera de nuevo su voz no se parecería del todo a la que guardo en mi memoria.

Mi abuela murió cuando yo tenía nueve años. Tenía 52 y un cáncer de útero con metástasis en el páncreas la mató en poco tiempo. Fue la primera vez que sentí que el mundo se desmoronaba delante de mí y sufrí mucho al pensar que no la volvería ver. En su despedida me hice el compromiso de no olvidar su voz, aguda y matizada con esa tesitura que me inspiraba tanta ternura. A veces vuelve, en los momentos difíciles, como un susurro que me anima. Sé que su recuerdo se me ha refundido en el laberinto de la mente, pero, siempre que estoy solo o melancólico, me esfuerzo de nuevo para recordarla, buscando esa ternura suya que en mi infancia me dio tanta paz.

Su muerte desajustó mi vida y la de mi casa. Las entradas y salidas de tanta gente el día de su muerte fueron el preámbulo de lo que ya sabía: que la vida ya no sería igual en nuestro hogar. Fue un terremoto. Ella ya no estaba más. Todo había cambiado. Al principio yo no dimensionaba lo que sería no volver a ver a la abuela nunca más, pero la falta que me hacían sus abrazos y sus cuentos en la noche, el llanto de mi madre y su delgadez extrema producto del duelo eran evidencia suficiente, aún para un chico que no rozaba todavía la adolescencia, de que estábamos en un momento crítico familiar.

No recuerdo cómo superamos esa crisis. Creo que fueron el tiempo y sus rutinas lo que me acostumbraron a que ella no estuviera presente. Yo tenía que seguir viviendo. No hubo en ese momento la oportunidad de reflexionar para ver qué había aprendido de esa dura experiencia, pues la única persona que tenía la costumbre de preguntármelo era precisamente la que se había ido. Pero hoy entiendo que tuvimos muchos aprendizajes en esos momentos de llanto y de tristeza. Aprendí de las partidas, de la dureza de la enfermedad, de las heridas que solo se curan cuando te abrazan los que están igual de heridos que tú. Y aprendí especialmente que no íbamos a estar tristes ni mal para siempre, que en cada llanto había una búsqueda de paz, que en cada abrazo había una intención de que al otro se le apagara por fin el sufrimiento, que algo muy fuerte dentro de cada uno se resiste a permanecer hundido para siempre.

Aprendí que las crisis son efímeras, pasan, como todo, y eso significa que el tiempo y la vida siguen adelante, y que cada uno de nosotros aprende a vivir sin aquellos a los que perdió. Aprendí también que guardamos dentro de nosotros a los que se fueron, para que su vida tenga eco y tenga fruto en lo que somos y en lo que hacemos, para que su historia siga en lo que nos han dejado grabado en nuestro ser. Aprendí que, si vivimos

bien, tal vez nosotros también logremos tallar buenas cosas en la historia de los otros, aunque después nos marchemos. Aprendí que una pregunta que debemos hacernos constantemente es: “¿En qué se nota que pasé yo por aquí?”.

Mi abuela es la razón por la que cuento historias y por la que hablo en público. Si tú me has oído alguna vez, debes saber que esa pulsión no es más que el fruto de esa vida que se apagó cuando yo era apenas un niño.



El estado del clima es la conversación más usual entre desconocidos y la muerte de algún ser querido es la ocasión de encuentro más frecuente entre quienes se han distanciado. Esas dos cosas son un perfecto ejemplo de lo que implica estar vivo: enfrentar cientos de situaciones impredecibles, incontrolables e inmanejables que nos suceden.

Aunque lo intentemos no podemos huir de las crisis para siempre, podemos intentarlo por un tiempo, pero lo insospechado nos alcanzará. Por más rutinas, seguridades y mecanismos de control que tengamos, algo se saldrá de nuestras manos y la existencia tomará un rumbo que no esperábamos. Además, pretender vivir en esa exagerada sobriedad le quita pasión a la vida. Es absurdo creer que vivir sin sobresaltos es lo mejor; no hay un viaje que aburra más que aquel en el que no se hace nada y todo corre por inercia.

En el Nuevo Testamento hay un relato que me gusta mucho. En Mateo 13:33-37², Jesús nos invita a estar despiertos y vigilantes, porque sabe que vienen tiempos duros, que cambian las mareas. Él sabe que los seres humanos intentamos vivir sin crisis y por eso muchas veces terminamos apagándonos y padeciendo el peso de lo conocido, que no por seguro, nos ayuda a crecer. Estar despiertos implica reconocer que algo inesperado puede pasar, que tenemos que estar preparados para lo que no hemos previsto, porque no somos dueños absolutos del tiempo ni del espacio, y, sobre todo, porque no somos dueños de las decisiones de los demás.

Por eso cuando ocurre algo que nos desajusta todo, que nos desconcierta, tenemos una primera gran noticia: estamos vivos, nos importa, nos estremece, no hemos perdido la sensibilidad propia de lo humano.

Así que la presencia de lo incómodo y lo indeseable ya trae algo bueno: nos muestra que no estamos apagados del todo. En ocasiones es lo que necesitábamos para despertar de esa especie de anestesia en la que puede convertirse la vida, según como decidamos vivirla.

Si algo te duele, te despierta. Si algo te genera conflicto, te cuestiona. Si algo te desinstala, es preciso que te muevas, y eso significa que la vida está fluyendo. Te

recuerda que no fuiste hecho para quedarte quieto y permanecer inmóvil. Hasta lo doloroso —y sobre todo lo doloroso— nos sirve para cumplir nuestro propósito de crecer.



Dios ha sido, sin lugar a dudas, el protagonista de estos 50 años de mi vida. Encontrarle y dejar que me encontrara ha sido determinante para todo lo que soy, lo que he hecho, lo que he vivido y lo que quiero que sea el futuro. Por eso, hoy resulta obvio que mi vida haya pasado entre seminarios, templos, oraciones, cultos, sacramentos y personas creyentes. Pero no parecía así de claro a mis 15 años, cuando empezó a formarse dentro de mí la idea de que podía llegar a ser sacerdote. Vivir rodeado de personas y mostrar con ellos ciertos rasgos de liderazgo no había sido ajeno para mí, por eso mi encuentro con Jesús había empezado en un retiro espiritual para jóvenes en el que un predicador realmente me había impresionado y me había mostrado una nueva faceta de la propuesta existencial de Jesús. A medida que ese encuentro se intensificaba, más me preguntaba si todo lo que estaba viviendo no sería una invitación de Dios a servirle como presbítero.

Tenía 16 años. Sabía que, si aceptaba entrar al seminario, la vida iba a ser muy distinta de la que había estado viviendo y muy diferente de lo que yo había imaginado para mí al ver cómo se habían hecho un camino mi papá y mis tíos. Mi mamá estaba feliz con que un hijo suyo tomara la oportunidad de servirle a Dios y sentía que esa era una bendición para toda la familia. Mi papá, en cambio, no estaba de acuerdo con que yo siguiera el camino religioso. Sin embargo, ninguno de los dos ejerció la menor presión sobre mí. Ambos me respetaron y consideraron que aquella elección debía ser mía y solamente mía. Así que esa fue la primera vez que estuve solo conmigo mismo ante una decisión. Fue la primera vez que sentí el peso de hacer una elección para el resto de la vida. Podía escuchar consejos y opiniones, pero era yo quien debía tomar la decisión. Nadie más podía hacerla por mí.

Me sentía atraído por la experiencia espiritual, el ejercicio del liderazgo ante una comunidad que te cree y te escucha, los estudios filosóficos y teológicos. Todo eso me decía que sí. Pero, por otro lado, el celibato —que no era muy explicado en aquel entonces— y la idea de tener que someterme a una disciplina que me parecía extraña me hacían dudar de dar ese paso. Esa dualidad dio pie a una crisis que me hizo entender las características de la adultez mucho antes de ser adulto. Si decidía entrar al Seminario Regional de la Costa Atlántica Juan xxiii, me alejaría de mi casa, de los que allí vivían, de lo que allí hacíamos, del apoyo que recibía para todo. Sin embargo, decidí hacerlo. Y aquella fue una gran decisión que me llevó a vivir cosas que nunca me imaginé.

Llegar al seminario fue una experiencia traumática. La verdad es que creí que no aguantaría mucho tiempo. Todo era distinto de mi casa. No había la alegría, los gritos, los juegos, la música que había en mi barrio. Fue muy duro llegar a la habitación 202, donde residiría durante el año introductorio (el primero de siete años que duraba la

preparación para el presbiterado). De hecho, la primera noche lloré mucho, me hacía falta mi mundo. Todo me resultaba distante, sentí que estaba en el lugar equivocado y quise devolverme a casa.

Al cabo de unas cuantas semanas, un día iba caminando por ese lugar al que no terminaba de adaptarme y un compañero de un curso más avanzado me preguntó: “¡Ey, pelao!, ¿tú juegas fútbol?”. Y yo, emocionado, le dije: “¡Claro!”. “Ve a cambiarte y nos vemos arriba en la cancha”, me dijo. Y entonces se empezaron a juntar los dos mundos: el que yo traía y al que llegaba. Empecé a jugar fútbol y dominó regularmente, y a cantar vallenatos. Hasta me gané un concurso de improvisación que hicieron el primer mes, con un discurso sobre un tema aleatorio en el que las palabras saltaron con ritmo propio de mi boca para ponerse al servicio de las ideas que quería expresar.

Así fui entendiendo que la experiencia espiritual era ir creciendo en el diálogo con Dios desde lo bíblico, lo teológico y lo humano, sin dejar a un lado las experiencias que había vivido desde siempre y encontrándoles un nuevo sentido. Poco a poco fui descubriendo que era posible experimentar el seminario desde una intensa experiencia espiritual sin dejar de lado las costumbres de la vida caribe, como el baile, por ejemplo. Los que nacimos frente al mar sabemos que sólo bailando pueden espantarse todas las tristezas. **Comprendí entonces que se podía ser cristiano sin dejar de ser caribe; que ser creyente era la mejor forma de ser Alberto.**

Pasé muchas noches estudiando griego bíblico para entender mejor los textos, para verlos en su contexto original. Hice, por ejemplo, un estudio gramatical completo de la parábola del Padre Misericordioso de Lucas 15³, que ha sido uno de los textos que más ha orientado mi vida. Pasé muchas madrugadas haciendo oración a la luz de la luna mientras caminaba la orilla de ese mar Caribe, y también escarbando las dudas que asaltaban mi ser como dagas filosas después de leer a los complejos filósofos. Era un tiempo plácido. Habían bajado ya los sobresaltos. Me iba bien en los informes semestrales que mostraban aciertos y cualidades, así como detalles personales por cambiar. Probablemente yo no correspondía al estereotipo que algunas personas tienen de lo que debe ser un seminarista, pero, desde la libertad, la honestidad y la autenticidad, siempre trataba de responderle a Dios.

«««

Si una decisión de vida no implica transformación, incomodidad, desconcierto, riesgo, entonces lo que se toma no es una decisión, sino que apenas se le hace un cambio de nombre a algo que ya hemos venido haciendo. Darle rumbo a la vida, tomar el timón, elegir un destino y virar tiene que representar irremediabilmente que todo sufra algún tipo de cambio. El instinto de conservación que muchos dejan que les gobierne les hace pedir siempre la misma comida, comprar siempre ropa de los mismos colores, hacer las mismas cosas durante las vacaciones y ser predecibles hasta en las cosas en las que no solamente es lícito, sino necesario, ser espontáneo.

No hay una decisión correcta o incorrecta, eso lo aprendemos con el tiempo. La manera en que vivimos el resultado de las elecciones muchas veces depende más de la ejecución que del plan en sí mismo. Porque una decisión no viene solo con lo que planeamos, sino con sus consecuencias, con el mundo que se creó al tomar una alternativa. Por eso, aunque la situación de duda y de incertidumbre que nos genera la crisis nos hace creer que nuestras decisiones no son buenas, cuando superamos esos primeros momentos traumáticos y comenzamos a adaptarnos, a afirmar nuestra identidad y nuestra esencia en esa nueva realidad, nos damos cuenta de que optar por nosotros mismos fue lo mejor que nos pudo ocurrir. Por eso, insisto en que la crisis hay que recibirla con gratitud, con serenidad, creyendo que seremos mejorados por su paso en nuestra vida. Hay que asumirla con una buena actitud, viviendo cada instante con la fuerza con la que se viven los momentos determinantes de la vida, especialmente esos que hemos decidido nosotros mismos.

Frente a la crisis es crucial ser honestos. Hay que dejar que ella cuestione todo, que zarandee cada dimensión de la vida y haga caer lo que no nos sirve para continuar el viaje y nos está anclando en lugares de dolor, mediocridad y error. No vale la pena esconderse en relatos fantasiosos que, como una muralla, nos protejan de lo que nos hace crecer. No vale la pena gambetear sus ataques, suponiendo que salir ilesos de ella es lo mejor que nos puede pasar. La honestidad implica vivir a fondo las preguntas que uno se plantea y entender su razón de ser y las posibles consecuencias de nuestras elecciones.

No somos todo lo que nos hemos creído que somos, ni para bien ni para mal, y las grandes decisiones nos sirven para que dejemos de engañarnos. Las crisis que desatan esas grandes decisiones sirven como revelaciones de lo que realmente somos y podemos llegar a ser. Son una maravillosa noticia porque nos despojan de lo que hemos creído que tenemos que ser obligatoriamente y nos anuncian que podemos entrar en territorios nuevos, aventurarnos en escenarios que nos resultaban desconocidos o ajenos simplemente porque nos mirábamos con el mismo prejuicio con el que odiamos que nos miren los demás.

«««

Los años del seminario fueron tiempos de mucha felicidad. Gocé estar allí, disfruté cada momento vivido y conocí la que sería mi comunidad. La compañía de los padres eudistas fue fundamental. Ellos fueron quienes me ayudaron a entender que no podía despersonalizarme para responder al llamado. Que la vocación presbiteral no implicaba abdicar de lo más auténtico de mi ser. Ellos, los formadores eudistas, con sus lucidas clases, sus diálogos espontáneos, su testimonio espiritual me iban haciendo entender quién era y cómo debía sostener mi relación con Dios. Agradezco al Padre del Cielo esa etapa de mi vida en el Seminario Regional con los eudistas. Ahí no solo crecí académica

y espiritualmente, sino como un ser humano que se conoce a sí mismo, se acepta, se ama, entiende sus diferencias con los demás, respeta a los otros y construye sinérgicamente proyectos con ellos. **Durante ese tiempo entendí que ser plenamente espiritual es ser plenamente humano. Que ser santo no es vivir en la estratosfera y negarse a las dinámicas de la cotidianidad, sino estar en el mundo y vivir impulsado por el Espíritu del Amor.** Comprendí que ser presbítero no se trataba de negarme mi condición humana, sino de ser capaz de vivir de cara al amor de Dios.

En medio de todo ese descubrimiento reconocí que no me veía pasando mis años en una vida de soledad, sintiéndome desconectado de los demás, fueran muchos o pocos. Al tercer año de formación una misión me hizo descubrir que no podía ser un presbítero diocesano. Recuerdo haber ido, a mis 19 años, a una parroquia en algún lugar del sur del departamento del Magdalena, en la que experimenté esa soledad de las casas curales y la distancia entre mi mundo y el de aquellos a los que amablemente servía. En el seminario se nos hablaba de la relación del cura con su feligresía, de la entrega a la comunidad, pero en esa ocasión no fue evidente para mí que se tuviera vida comunitaria entre los parroquianos, más allá de lo que se compartía durante el servicio. Sentía una enorme dosis de soledad. Por eso, aunque me fue bien en la misión y las predicaciones que hice salieron muy bien, pues fueron muchas personas a escuchar lo que tenía por decir y a orarle al Padre del Cielo conmigo, regresé al seminario con la idea de que tenía que repensar mi opción de vida.

Me había sentido atraído por la misión de nuestros formadores, los padres eudistas, que no eran curas diocesanos sino una comunidad, pero ellos eran muy cerrados y nunca me impulsaron a ser eudista, pues decían que su compromiso con la diócesis no se los permitía. Sin embargo, yo tenía claro que mi camino no era ser presbítero diocesano y comencé un proceso de discernimiento con mi director espiritual para pedir ingreso a los eudistas. Tenía claro que no viviría en solitario, que no perdería la conexión existencial con los demás, que mi elección de vivir unido a Dios tenía que manifestarse en una relación estrecha e intensa con los que me rodeaban y pensé que el mejor camino para eso era hacer parte de la comunidad eudista, así que a finales de 1988 pedí ingreso a la Congregación de los Padres Eudistas. Eso implicó trasladarme al Seminario Valmaría, en las montañas de Usaquén en Bogotá, una ciudad que me trastocó el sentido de la realidad con su llovizna de siglos, como escribió García Márquez en *El amor en los tiempos del cólera*⁴.

Experimenté a Bogotá como otro país, otro universo. Allí todo era distinto: la música, la comida, el ánimo de la gente, el clima y hasta las dinámicas del Seminario Valmaría, que en nada se parecían a las del Regional de Barranquilla. No poder estudiar escuchando vallenato ni poder gritar las (no tan) buenas palabras que me sabía cuando botaba un gol me hicieron sufrir mucho en el inicio, pero como ya había vivido algo similar, estaba seguro de que era una experiencia pasajera que me templaría el alma y me haría un mejor servidor de Dios.

El tiempo pasaba rápido entre las extraordinarias clases de teología de los maestros

de la Javeriana, los fuertes momentos de experiencia espiritual y el trabajo pastoral. Se fue pasando la conmoción del cambio y pronto obtuve mi diploma de teólogo y estuve listo para la ordenación. Solo tenía un problema: no tenía la edad que el Derecho Canónico pide para ser ordenado y no había cumplido el tiempo de probación que los eudistas exigen para hacer parte de la congregación. Por eso fui enviado a estudiar una maestría en Comunicación Social en la Universidad Javeriana y a dirigir la emisora de El Minuto de Dios (107.9 fm).

Tras años de aprendizajes, alegrías compartidas, desafíos asumidos, intentos de evangelizar de nuevas maneras, sobreponerse a las dificultades y luchar por ser coherente con lo predicado y no dejar perder lo esencial que Dios me dio al crearme, el 25 de marzo de 1993 se me permitió celebrar el sacramento del orden y recibir, como un regalo siempre inmerecido, el orden presbiteral de manos de monseñor Eladio Acosta (eudista). Fue un día sublime que no olvidaré nunca y en el que participé de una gracia especial del Amor de Dios.

En diciembre de 1994 fui enviado a trabajar al Seminario Regional de Barranquilla, del cual había sido alumno, y a dirigir las emisoras de El Minuto de Dios en la región caribe. Apenas me había logrado adaptar a Bogotá cuando me devolví al Caribe. Ya iba enfocado en la educación y en los medios de comunicación, siguiendo las enseñanzas de los eudistas, quienes son formadores y evangelizadores.

Fui feliz en Barranquilla. Dicté clases de filosofía, comunicación y teología, hice predicaciones por toda Colombia y luego por toda Hispanoamérica. Dirigí programas de radio, participé en programas de televisión, estuve en celebraciones multitudinarias en muchos lugares de la costa atlántica, organicé partidos de fútbol con jóvenes en plan de evangelización, visité muchas comunidades vulnerables e hice misiones a las regiones más frágiles y desvalidas del país. Viví 18 años en la capital del departamento del Atlántico. Fue una época maravillosa, de mucha conexión emocional con nuestra gente, buen trabajo en equipo, nuevas experiencias evangelizadoras y propuestas novedosas. Nunca me sentí solo en la pastoral en medio de tanto afecto y compañía. Por esa razón aquellos años pasaron con rapidez, como pasa el tiempo cuando uno hace lo que ama y va dejando huellas tras cada uno de sus pasos.

«««

Creo firmemente que no es posible ser feliz sin haber sido forjado por el cincel del tiempo y sobre todo el de crecer mientras pasa el tiempo. No creo que la paz, ni la dicha, ni la alegría verdadera sean fruto de un golpe de suerte. Los seres humanos que se niegan a ejercer su libertad, por muy afortunados que parezcan, por muy cómodas que se vean sus circunstancias, cargan con el peso de la esclavitud y de preguntarse constantemente qué es lo siguiente, pues nada les resulta satisfactorio.

Construirse a sí mismo, edificarse, pulirse, no es un ejercicio exclusivamente moral. No es coger una lista de ideales de comportamiento y dedicar la semana a no equivocarse.

Claro que es importante vencer los propios defectos, pero sobre todo hay que elegir qué clase de persona queremos llegar a ser y tener claro en qué clase de persona jamás queremos convertirnos. Conozco algunas personas que al parecer tienen vidas envidiables, pero que no pueden mirar a sus hijos a los ojos y decirles que vale la pena ser honestos y sinceros porque ellos nunca lo han sido. Conozco personas que tienen vidas aparentemente estables y deseables, y que jamás podrán ser ejemplo de lo que significa perseguir un sueño y pagar el precio de conseguirlo, pues su lema ha sido la conformidad y su consigna de vida ha sido evitar problemas.

Reconocerse y formarse a sí mismo con la misma dedicación con la que se forma a los hijos o con la que se aconseja a los amigos trae consigo duras crisis, pues implica ser capaz de asumir las consecuencias de lo que se anhela y ser coherente con lo que se quiere llegar a ser.

*Dicen que nadie se ha hecho buen marinero en tierra, y creo que tienen razón.
Exponerse es lo que nos permite conocernos.*

La invitación de Dios siempre ha sido y será a no detenernos, a no conformarnos, a no pensar que ya llegamos y que podemos sentarnos tranquilamente a ver pasar los años sin involucrarnos realmente en nada. Lo bueno que tiene la crisis es que te muestra quién eres, pero sobre todo te obliga a preguntarte quién quieres ser. La crisis te deja ver que hay cosas que no puedes seguir soportando, que hay situaciones de las que es necesario hartarse, y eso implica mirar hacia adelante e imaginar lo que la vida puede llegar a ser. Y esa no es una pregunta cualquiera.

«««

Colombia no es un país fácil. Hemos vivido muchas más dificultades de las que un pueblo debería soportar, y no siempre hemos sido buenos para tomar las decisiones que nos saquen de esas dificultades. Guerra, pobreza, hambre, desigualdad, narcotráfico, corrupción, son parte de las tragedias que vivimos en este país en el que irónicamente estamos llenos de recursos y de talentos, pues contamos con un territorio excepcional en la geografía mundial, lo que nos ha hecho ser un pueblo hábil para sobrevivir y profundamente resiliente.

La comunidad eudista ha tenido un compromiso muy grande con este país a través de la obra de El Minuto de Dios. Sus iniciativas siempre han estado marcadas por una solidaridad clara y transformadora, y desde la acción pastoral y evangelizadora yo estuve comprometido siempre con la transformación del país a través de las obras de El Minuto de Dios. En el 2014, cuando me trasladaron a Bogotá, acepté con muchas ganas y estuve dispuesto a dar lo mejor de mí, pues, aunque dejaba atrás todo lo bueno que había vivido en la región caribe, esperaba poder aportar algo y seguir aprendiendo. Sentía que podía servir de una mejor manera a mi congregación y a la Iglesia en general desde esa nueva

función administrativa y pastoral que me encomendaban en la obra.

Dejar y renunciar no son verbos fáciles de conjugar, pero siempre he estado abierto a la acción de Dios, y creo en que sus propuestas nos llevan a mejores puertos. Por eso, aunque dejaba pedazos del alma en las obras de El Minuto de Dios en la Costa Atlántica, decidí aceptar el traslado y pronto estuve viajando para estar más cerca de las estrellas, en Bogotá. Tenía 45 años.

No fue una buena decisión. Muy rápidamente sentí el peso de la soledad, esa que desde muy temprano en la vida de seminario supe que no era parte de lo que quería para mí. Traté de enfrentar ese sentimiento de soledad con mucho trabajo y una fuerte experiencia de oración, pero no me adapté en ningún momento a mi nueva vida. Y aunque logré algunos objetivos planteados en mi proyecto personal, fui entrando en una crisis dura, que esta vez hizo que me cuestionara todo. A mis 50 años empecé a dudar si había elegido bien desde el principio.

Era difícil entender que mientras muchas personas ajenas a mi universo cotidiano apreciaban, valoraban y se nutrían de lo que yo estaba haciendo, las que compartían mi misma búsqueda y apuesta de vida no parecían reconocer que aquí estaba pasando algo bueno para la gente, algo que contribuía a darle visibilidad a Jesús y a la buena nueva que es Él para el mundo. Trabajaba impulsado por mi vocación evangelizadora, pero sentía que estaba jugando para un equipo en el que no me pasaban el balón, en el que el “fuego amigo” le quitaba todo el sentido y el contenido a lo que yo hacía.

Me fui sintiendo sometido a las exigencias que se le hacen a alguien que desempeña una función pública, pero despojado de la experiencia comunitaria y del valioso compartir con los hermanos. Aparecían cada vez más personas que escribían para pedir ayuda o para criticar, pero pocas para interesarse por cómo estaba o qué podía necesitar. Comencé a sentir el vacío que se experimenta cuando terminas de hacer una gran obra y todos se van, cuando llegas a casa y no hay nadie con quien compartir las alegrías, las tristezas o los desafíos que se han vivido con tanta gente.

La crisis se instaló de nuevo. Había que aceptarla con honestidad y vivirla con la autenticidad de siempre. No se puede salir corriendo ante esas sensaciones de incertidumbre, incomodidad e insatisfacción que se viven en medio de la crisis. Eso no solo no soluciona la situación, sino que nos hace vivir en la irrealidad de las mentiras que nos decimos a nosotros mismos. Cuando sentimos que todo está patas arriba y necesita ser organizado, tenemos que asumir la tarea y hacerlo sin miedo a todo lo nuevo que de allí resulte. Y eso hice.

Rápidamente entendí que tenía que hacer algo. No podía vivir así. Siempre he entendido mi vida como un ejercicio de alegría y de servicio, y por eso no me parecía coherente vivir triste o dilapidando los dones que Dios me había dado. Tenía que encontrar qué hacer, pero siempre cuidando mi opción espiritual. Para ello eché mano de las herramientas que había aprendido en mi formación académica y espiritual: la oración, la conversación con mis amigos y el análisis.

Lo primero que había que precisar era esto: *Realmente, ¿qué era lo que estaba*

en crisis? Yo no estaba dudando de mi fe, ni de mi vocación primera de servir a tus hermanos con todas las fuerzas de mi ser. Tampoco estaba cuestionando la decisión de estar siempre a favor del más débil, del vulnerable, del que no tiene cómo seguir adelante. Lo mío no era una crisis respecto a mi pertenencia a la Iglesia católica, a la que tanto le debo y en la que he vivido y viviré feliz. No era una necesidad emocional que se aplacara con un cambio de ciudad, ni se trataba de un problema afectivo que se pudiera resolver con una pareja. Era un desencuentro profundo con la manera en que se entiende el ministerio de los sacerdotes hoy en día, un desenamoramiento, una pregunta por mis posibilidades de vivir de otra manera mi misión evangelizadora dentro de ese contexto.

Dentro de ese contexto, veía muy escasas las posibilidades de realizar de otra manera la misión evangelizadora, de generar relaciones con los hermanos que no estuvieran marcadas por las diferencias que da la mirada sobre el clérigo. Encontraba limitado mi anhelo de vivir de otra manera la misma liturgia y de construir relaciones afectivas marcadas por la libertad, la responsabilidad y el compromiso. Me fui sintiendo cada vez más distante de los relatos de la Iglesia actual, la cual, pienso, necesita empezar a comunicar mejor su propuesta y sus riquezas de espiritualidad para poder servir como respuesta a los desafíos del mundo de hoy.

Comencé a sopesar si seguir en donde había estado durante 33 años era lo mejor para mí. Aunque amaba —y siempre amaré la Iglesia—, no estaba a gusto con muchas de las cosas que pasaban dentro de ella. Me sorprendían algunas incongruencias, pero sobre todo la evidencia de una teología que desconocía el valor de lo humano y solo daba cabida para lo espiritual y etéreo.

La crisis se resumió en esta pregunta: *¿Debía seguir ejerciendo como presbítero?* No era un interrogante fácil de asumir. Sentía el peso de la responsabilidad de ser uno de los presbíteros más conocidos en Colombia, comprendía las repercusiones que mi decisión podía tener en la vida de aquellos que han seguido mi ejercicio ministerial, podía anticipar las críticas que dentro y fuera de la Iglesia harían los que nunca estuvieron de acuerdo con lo que yo hacía, y podía prever los juicios crueles y hasta inhumanos que algunos harían, aun sin conocer lo que soy o lo que he vivido. Sin embargo, lo importante era responderme ante Dios y ante mí esa pregunta, incluso si la respuesta me indicaba el camino hacia una nueva vida. Debía identificar si la elección que había hecho más de tres décadas atrás —y que sin duda fue absolutamente maravillosa porque me hizo ser quien soy— seguiría siendo la opción acertada y coherente para lo que venía en mi vida, para lo que quería hacer y lo que estaba decidido a construir de mí hacia adelante.

En todo ese proceso nunca me sentí juzgado ni atacado por Dios. Creo en su amor, en su misericordia y en su capacidad infinita de comprensión. Él conoce mi corazón, sabe de las ganas de serle fiel, de vivir rectamente, de no traicionar mis convicciones más profundas, de servirle con la pasión y la alegría de siempre. Siempre supe que mi Padre no me quería de esclavo y que no estaba interesado en que yo me encadenara a una opción si no podía ser feliz. Por eso me di la oportunidad de

revisar cada escenario que podía crearse al tomar cualquiera de las opciones que tenía en frente. Si me mantenía en el ministerio, ¿cuál sería el escenario? Y si decía “no más” y terminaba mi ministerio público, ¿qué camino se abriría?



Nunca se tiene la absoluta seguridad de estar haciendo lo correcto ni lo que Dios quiere. Siempre hay una duda. Siempre existe la posibilidad de estar siendo caprichoso. Siempre se puede estar expuesto a cometer errores y a sufrir las consecuencias.

Las historias que nos cuenta la escritura están llenas de personas muy humanas, frágiles, indecisas, que acertaban y se equivocaban casi con la misma frecuencia, pero que tenían un vínculo con Dios que, si bien no les garantizaba un camino llano y sin tropiezos, les ofrecía la certeza de que podían salir vencedores hasta de sus peores derrotas. Personas que sabían que no estaban solos y que siempre podían escribir un nuevo capítulo de la mano de Él.

He descubierto que los seres existencialmente más estériles son aquellos que viven resguardados en sistemas cerrados y argumentativamente infalibles, aquellos que jamás se atreven a preguntarse si hay algo distinto por hacer o si es posible hacer las cosas de otra manera, aquellos que dogmatizan todo y convierten los resultados de su pensamiento en verdades absolutas, olvidando que llegaron allí por un proceso que no siempre estuvo desprovisto de preguntas y contradicciones.

Creo que los momentos críticos tienen que ser aprovechados, y para ello es preciso vivirlos con intensidad. Esto significa no huir ni escapar, sino caminarlos sin renegar, pero buscando las ayudas necesarias. Sin tenerle miedo a ninguna de las posibles respuestas que se puedan encontrar. Las crisis, algunas veces, exigen reinventarse y hay que estar dispuesto a hacerlo. Seguro habrá dolor en el parto, pero el nacimiento siempre es fuente de mucha alegría.

Eso sí, siempre hay que discernir con inteligencia, prudencia, serenidad, firmeza y espiritualidad. Esas situaciones críticas exigen tener clara la opción fundamental que se ha tomado en la vida, asegurar los valores que impulsan el proyecto de vida y determinar los posibles escenarios a los que uno puede verse expuesto.

Cuando llegan los momentos difíciles, cuando nos desencantamos de la vida que tan apasionadamente habíamos construido, cuando tambalea y se agrieta lo que era el fundamento aparente de todo lo que hacíamos y somos, aparecen los verdaderos cimientos. Esa es la buena noticia de la crisis: que purifica las intenciones, los deseos, los principios que tenemos en la vida. Entendemos por qué vale la pena dar la pelea y por qué no. Encontramos las cosas que no estamos dispuestos a negociar y nos despedimos de algunas que considerábamos importantes y que ahora entendemos que

no eran más que adornos a los que les habíamos concedido excesivo significado.

Lo que se discierne, lo que se purifica gracias a la crisis, es lo más cercano a la esencia de nuestra vida, a ese brote de poder divino con el que fuimos hechos y por el que Dios no va a dejar de apostar nunca, pues nos sabe capaces de lograr la plenitud. Quien encuentre esto gracias a la crisis, que no se permita seguir adelante sin agradecer y que renuncie a la idea de subestimar lo que ha encontrado de sí mismo, pues ese es el pilar sobre el que puede construir hacia adelante.

«««

En medio de mi crisis, fue revelador encontrarme con el padre provincial de la época, quien me planteó la posibilidad de tomar un año sabático, de liberarme de todo el trabajo que estaba realizando y concentrarme en estudiar, orar y pensar qué quería de mi vida. No era un año sabático del ministerio, sino de las actividades administrativas y pastorales que tenía. Esa propuesta del padre provincial fue como un rayo de luz sobre el claroscuro de mi corazón y una confirmación de que Dios estaba presente en todo el proceso que estaba viviendo.

Tenía miedo, mucho miedo. No había vivido nunca lejos de la comunidad. Desde mi adolescencia había estado en un seminario o en una comunidad religiosa. ¿Cómo podría vivir fuera de la Iglesia? ¿Cómo me sostendría económicamente? ¿Dónde viviría? ¿Cómo iban a recibir todas estas situaciones mis padres? Todas esas eran preguntas que ahora hacían que la crisis fuera más intensa. Iba teniendo claro qué quería hacer, pero a la vez iba experimentando mucho miedo por dar el paso definitivo. Sabía que no podía esperar a que no existiera ningún margen de error para tomar una decisión. Las crisis exigen valentía, lanzarse con fe en sí mismo, en los que nos aman y en Dios, y desde allí, llevar a cabo la decisión elegida después de mucho análisis. Es decir, tenía claro que el miedo no era síntoma de equivocación, sino de que estaba a punto de moverme, de saltar, de darle a la vida otro sentido.

No era fácil. Muchas veces lloré solo en mi cuarto. No había con quien conversar: las comunidades se llenan de formalidades que matan la espontaneidad y nos hacen vivir en situaciones artificiales; nos da miedo mostrar que somos débiles y frágiles, y curiosa e irónicamente los que no están presentes durante el dolor, o la incertidumbre, luego de la decisión se convierten en los jueces implacables de uno de sus hermanos. Sin embargo, sabía que debía decidir.

El año sabático se presentó como una posibilidad, pero en el fondo del corazón sabía que sería algo transitorio, que la decisión de no ser más un presbítero en ejercicio estaba tomada. Era fácil decirlo en un par de líneas, pero el contenido de estas palabras quemaba todo mi ser. Si, ardía todo mi interior. Había vivido siempre de esa manera, no sabía si sería capaz de vivir de otro modo. **Tenía que ser valiente y lanzarme. No podía dejar que el miedo me atornillara a un lugar al que ya no pertenecía. Tenía que romper los esquemas mentales que me hacían creer que no se podía vivir de**

otra forma. Tenía que secarme las lágrimas e intentar encontrar sentido en otro camino.

Por esos días alguien me preguntó si estaba enamorado: “Ojalá”, le respondí. Eso haría todo más fácil porque tendría alguien concreto por quien luchar, de quien recibir un afecto particular, dirigido, exclusivo. Pero la verdad es que yo no estaba enamorado, estaba desenamorado, que es peor. Sí, ya no entendía las dinámicas y las rutinas en las que vivía. Las respetaba y respetaba a quienes las vivían, pero desde mi historia personal, desde mis apuestas y las respuestas que recibí de ellas, aquellas lógicas ya no tenían eco en mí. Ya no les encontraba el mismo significado a esas condiciones, ya no me llenaban el espíritu. Sabía que sólo saldría de esa crisis si seguía adelante.

En esos momentos pensé mucho en la metáfora del pueblo de Israel entre el mar Rojo y el ejército egipcio. Pensé en esa frase que dice la gente: “Está entre la espada y la pared”, y me di cuenta de que cuando se está en esa posición, solo hay una cosa por hacer: caminar hacia delante, hacer que el mar se abra y pasar. No había otra posibilidad que enfrentar la pared y derribarla. Y eso fue lo que hice. Y eso es lo que tú leíste y escuchaste el 5 de septiembre del 2018 en todos los medios del país. Me lancé. Decidí hacer público que ya no quería seguir siendo presbítero, que quería vivir de otra manera. Ya le había escrito a mi padre general contándole mi decisión y estaba esperando que me dijera cuál era el camino a seguir. Ya sabía que sólo saldría de la crisis echando camino hacia adelante.

Desde entonces he vivido en un apartamento solo, he salido a hacer mercado, he pagado los servicios, he tenido entrevistas de trabajo, he sido saludado por mucha gente en la calle, que me abraza o me grita que me apoya, a la que mi decisión la inspira, que me anima porque me tiene aprecio y por lo que conoce de mí. También he sido criticado por personas que respecto a la religión han elegido no cuestionar nada, salvo lo que hacen los demás. He sentido la tensión de llegar a fin de mes y la dicha de convertir en proyectos las cosas que sé hacer y que quiero hacer.

Mi vocación sigue intacta, al igual que mi fe. Incluso creo que esta se ha adornado ahora con un brillo especial, ese que surge del crisol, del fuego que saca lo mejor de los metales y que no es otra cosa que la obra de Dios que de cada despojo saca una riqueza, de cada abandono crea un vínculo nuevo y de cada muerte es capaz de hacer una afirmación invencible de vida.



Imagina por un momento que todas las cosas salieran exactamente como las piensas y las deseas. Suena atractivo, pero en pocos instantes todas las personas a tu alrededor perderían su encanto, porque este radica precisamente en que no son como tú. Son distintas, diferentes y únicas. También tú lo eres. Imagina entonces lo que significa que vivas tu vida intentando agradar a todos y quedar bien con todos, simplemente porque no resistes la crítica, la apatía o la indiferencia. ¿En dónde quedaría lo que te hace ser

tú mismo?

Toda crisis tiene su componente relacional. Toda circunstancia de desajuste, que implique desbaratar el rompecabezas del plan que se tenía —ya sea por circunstancias, por reacción o por decisión— implica que las personas a tu alrededor reaccionen. Por eso es vital tener claridad acerca de cuál es el centro de la situación. Porque si ponemos el foco en estar bien con la gente a cualquier precio, cargaremos con nuestros problemas e incertidumbres a todas partes y viviremos infelices. Seremos objeto de la condescendencia, probablemente hipócrita, de quienes nos agradecen hacer su voluntad pero se preguntan por qué no tenemos el carácter para hacer lo que queremos.

Las situaciones de adversidad nos ponen de cara a la necesidad de revisar nuestros vínculos, de poner en tela de juicio nuestras relaciones. No necesariamente para acabarlas, sino para transformarlas. Hace mucho tiempo escribí un libro que se llama Cambia de relación, no de pareja, y hoy más que nunca creo que la misma lógica debe aplicar para la relación con los hermanos, los padres, los hijos, los amigos y todos aquellos con quienes hemos construido la vida. Esa es la buena noticia: la crisis nos permite ver qué es falso y qué es auténtico en nuestras relaciones. Obliga a que se caigan las fachadas, a que desaparezcan las máscaras y así encontramos lo que es realmente valioso en nuestros lazos con los demás.

Estamos hechos para vivir con los otros, para coexistir, pero sobre todo para proexistir, es decir, encontrar lo mejor de nosotros mismos y darlo a los demás en el momento justo y del modo más pertinente, de modo que les resulte útil para vivir su vida con plenitud y sin dejarse ahogar por las circunstancias adversas.

Así como hay quien te ha cuidado en tu fragilidad, hay quien necesita tu fuerza en medio de su tormenta, y ese acompañarse es la cosa más bendita que existe. Porque si la obsesión número uno de Dios es nuestra libertad, la segunda es que seamos capaces de portarnos como hermanos en la dificultad.

«««

2³³ ¡Estén alerta! ¡Vigilen y oren! Porque ustedes no saben cuándo llegará ese momento. ³⁴ Es como cuando un hombre sale de viaje y deja su casa al cuidado de sus siervos, cada uno con su tarea, y le manda al portero que vigile. ³⁵ Por lo tanto, manténganse despiertos, porque no saben cuándo volverá el dueño de la casa, si al atardecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer; ³⁶ no sea que venga de repente y los encuentre dormidos. ³⁷ Lo que les digo a ustedes, se lo digo a todos: ¡Manténganse despiertos! (Mateo 13:33-37, extractado literalmente de www.biblegateway.com)

3¹¹ También dijo: Un hombre tenía dos hijos; ¹² y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde; y les repartió los bienes. ¹³ No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente. ¹⁴ Y cuando

todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle. ¹⁵ Y fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a su hacienda para que apacentase cerdos. ¹⁶ Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba. ¹⁷ Y volviendo en sí, dijo: ¡¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! ¹⁸ Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. ¹⁹ Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros. ²⁰ Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó. ²¹ Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo. ²² Pero el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. ²³ Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; ²⁴ porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse. ²⁵ Y su hijo mayor estaba en el campo; y cuando vino, y llegó cerca de la casa, oyó la música y las danzas; ²⁶ y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. ²⁷ Él le dijo: Tu hermano ha venido; y tu padre ha hecho matar el becerro gordo, por haberle recibido bueno y sano. ²⁸ Entonces se enojó, y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrase. ²⁹ Mas él, respondiendo, dijo al padre: He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. ³⁰ Pero cuando vino este tu hijo, que ha consumido tus bienes con ramerías, has hecho matar para él el becerro gordo. ³¹ Él entonces le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. ³² Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. (Lucas 15: 11-32, extractado literalmente de www.biblegateway.com).

4 “[Bogotá,] capital distante y helada cuya llovizna de siglos les trastornaba el sentido de la realidad [a las personas]”. García Márquez, G. *El amor en los tiempos del cólera*. México: Random House, 2014.

CAPÍTULO II



Quien sabe agradecer sabe vivir

Yo no estoy dejando de ser cura porque haya sido un cura infeliz. No creo que la única razón para cambiar el rumbo de la vida tenga que ser que haya ocurrido algo terrible o insoportable. Claro, muchas veces hay que salir de ciertas situaciones prácticamente en un estado de emergencia, porque hemos dejado que se conviertan en una desgracia. Sin embargo, en muchas ocasiones, como me ocurrió a mí, decidimos cambiar de rumbo simplemente porque entendemos que hay otros horizontes posibles, porque creemos que aún hay campo para crecer en áreas de la vida que iban bien, pero que podrían ir mejor; que la felicidad no es una cuota a colmar, sino una posibilidad abierta donde siempre hay espacio para una mayor realización; que la plenitud es siempre un “ya, pero todavía no”, como se dice en la teología. Como creo eso, pocas decisiones en mi vida han sido causadas por traumatismos, por momentos accidentados, por cambios repentinos. Para mí la vida obedece a principios claros y a búsquedas que a veces nos arrojan fuera del ambiente en el que nos hemos desenvuelto, pero que no dejan de estar ceñidas a las más profundas convicciones.

La decisión que he tomado no anula la felicidad vivida. Me niego a desconocer todo lo bueno que viví, lo que me hizo tanto bien. Yo he sido feliz. He gozado mi vida como sacerdote, como eudista, como miembro de la obra de El Minuto de Dios. He estado muy satisfecho con la gran mayoría de las cosas que pude vivir a lo largo de los últimos 33 años. He dicho que fue solo en los últimos cuatro que se gestó una difícil soledad, una insatisfacción con algunas cosas, un desenamoramiento de muchas situaciones y un desencanto de algunas de las facetas que implicaban la vida que llevaba. Sin embargo, tengo la claridad —y quiero tenerla siempre— de que la crisis que viví no eliminó la realización que sentí, ni me hizo dar por sentado todo lo que recibí. Es cierto que en el momento de la crisis no me sentía pleno ni satisfecho. Aquel “me mamé” es auténtico, pero no niega lo vivido. Dios y mi comunidad me dieron la posibilidad de vivir mis opciones existenciales y eso lo agradezco y lo agradeceré siempre.

Una de mis creencias más contundentes es que la gratitud es una semilla potente de la felicidad. Quien sabe agradecer sabe vivir. Por eso en los meses en que he pensado y repensado mi decisión y mis planes de mi vida, he ido haciendo el inventario de agradecimientos que tengo hacia mi pasado, la gente con la que compartí y cada una de las etapas vividas. Agradezco los lugares, las tareas, las anécdotas, las lecciones aprendidas y cada minúsculo detalle de la historia recorrida que me hizo crecer y me dio el equipaje para enfrentarme a la posibilidad de empezar una vida nueva. De ahí que en estos días haya utilizado una y otra vez la etiqueta #lagratitudnunca muere en mis redes sociales, pues en verdad creo que el agradecimiento es lo que debe sobrevivir a todas las circunstancias.

Algo muy contrario a la gratitud es el sentido de suficiencia, o peor aún, de

engreimiento. Siempre me costó estar cerca de esos que todo el tiempo están esperando que les den premios, les hagan reconocimientos públicos, les den las gracias sobre las tarimas. Del Evangelio aprendí que, si alguien está en la posición de hacer algo por los demás, hacerlo es la única forma de evitar creernos el cuento de que somos eso que hacemos o que merecemos la posición que tenemos. Por eso me sorprendió recibir tantos correos electrónicos de agradecimiento los días siguientes al 5 de septiembre. Muchas personas me agradecían por cosas que había hecho en mis años como presbítero, incluso cosas que no recordaba o de las que no tenía plena conciencia. Porque lo que yo mejor recuerdo no es si en un momento le di la mano a alguien o le pegué un empujón para que continuara adelante con su proyecto de vida, sino que he sido yo el que recibió la posibilidad de cumplir sus sueños a lo largo de estos años.

Cumplí el sueño de ser maestro y formador, lo que implicó no solo poder compartir conceptos y hacer programas de aprendizajes y sistemas de pensamiento, sino acompañar personas en su crecimiento como seres humanos y servidores de Dios. Cumplí el sueño de ser predicador, ese que empezó en el Foyer de Charité, en Minca⁵, en 1983, cuando comencé a pensar en la posibilidad de ser un cristiano al escuchar hablar a Rafael Osorio sobre Jesucristo. Prediqué mucho y por todas partes, hablé del Dios de la Vida con la intención de moverle el corazón a las personas, como lo habían hecho otros con el mío, y terminé recorriendo toda Hispanoamérica en ese esfuerzo, algo que también había soñado en mis años de seminario.

Trabajé en varios medios de comunicación, cumpliendo un sueño que tenía desde pequeño, e incluso alguna vez una emisora me permitió narrar un partido de fútbol, algo que en mi niñez era un gran ideal, pues escuchábamos esas gloriosas voces que nos enamoraban cada vez más del Ciclón (el Unión Magdalena). Escribí, y todavía recuerdo todas las emociones del primer libro, editado muy artesanalmente, que resumía mi manera de ver la vida y convertirla en oración. Tuve amigos con los que reí, lloré, con los que me metí en aventuras evangelizadoras, amigos con los que fue posible soñar y convertir en realidad aquellas ideas. Y tal vez eso sea lo que más me llena hoy de gratitud: haber podido ser testigo de cómo los sueños se hacían realidad y se convertían en cosas concretas como las sedes de las emisoras y las casas de oración, los proyectos editoriales (especialmente *El man está vivo*), las misiones, las escuelas de formación Bartimeo, que siguen su rumbo y se lanzan ahora a todo el continente y, en fin, un largo etcétera que no cabría en estas páginas. Si miro hacia atrás no puedo sino sentir gratitud porque este camino me deja toneladas de realización.

«««

Partir es siempre un acto de desprendimiento, de separación. Partir implica asumir que queremos otras cosas, que hay rumbos que queremos explorar o situaciones de las que es preciso despedirnos. Pero hay formas de partir. Hay maneras de despedirse y maneras de irse.

Hay quienes eligen tirar las puertas y anunciar a los gritos que se están yendo. Ellos probablemente tienen delirios de suficiencia, piensan que todo el mundo debería agradecerles por existir, hagan lo que hagan. No creo que partir así sea el mejor camino. Uno puede irse agradeciendo la bendición de lo que ha ganado, de lo que creció y de lo que aprendió en el pasado.

Los cambios importantes de la vida siempre vienen precedidos de ciertos cataclismos que no necesariamente implican olvidar lo vivido ni desconocer lo que se recibió.

Hacer un inventario de lo que te llevas cuando te vas es un acto de profunda sensatez, de humildad y de generosidad, un excelente modo de comenzar la nueva etapa. No te recomiendo que inicies nunca una nueva vida con actos de soberbia y de crueldad, de rencor o de frustración. Estos sentimientos te quitan buena parte del ánimo que necesitas para dar pasos certeros hacia lo que viene y corres el riesgo de lanzarte a construir algo solo para demostrarles a otros que fuiste capaz.

Arrastrar aquello de lo que te quieres despedir hacia lo nuevo que quieres comenzar es algo un poco incoherente.

Toma nota de lo que ganaste, de lo que te dejan aquellos que compartieron contigo el camino, incluso de aquellos que te desanimaron y son la razón por la que hoy quieres salir a tomar nuevos rumbos. Percibe lo que creciste, lo que aprendiste, lo que lograste.

En cada momento de la vida estamos dejando huellas en las personas, así como ellas dejan huella en nosotros. Esa es la parte esencial del diseño de Dios: que nos necesitemos unos a otros, que seamos capaces de reconocernos y valorarnos, que no nos obliguemos a ser lo que no somos. Si necesitas reiniciar tu vida, si necesitas “resetear” algunas de las situaciones que estás viviendo, empieza por agradecer lo que te trajo hasta aquí, y en la medida de lo posible manifiéstalo, exprésalo. Que siempre te quede la poderosa sensación de haber dicho al camino recorrido y a las personas en él: “Gracias”.

«««

Mi madre, la señora Rosina Gómez, siempre ha sido directa y sabia; su estilo moldeó mucho mi forma de ser y de enfrentar las situaciones de la vida. De muchas formas ella ha sido para mí un modelo de seguridad, autenticidad y libertad. Cuando empecé a contemplar la idea de retirarme del ministerio, fui a mi bella Santa Marta y conversé con ella y con el resto de mi familia. Les conté lo que estaba pasando y lo que estaba pensando. Les abrí el corazón y dejé que ellos abrieran el suyo. Los escuché, pues mis padres y mis hermanos siempre han sido vitales en mi camino, y no podía dejar de tenerlos en cuenta. Sabía que iba a ser importante lo que tuvieran que decir. Ellos me dieron sus opiniones y me manifestaron sus preocupaciones. Cuando habló mi madre, mi bendita Rosina, sus palabras fueron: “Tú ya eres un hombre de 50 años, tú haces con tu

vida lo que quieres. Si la gente me pregunta, le diré que a Alberto yo no lo cogí de la mano pa' que fuera sacerdote, así que no lo voy a agarrar pa' que se quede de sacerdote". Ese día supe que uno de los principales legados que me dejan estos años —y por el cual estaré agradecido hasta el último día de mi vida— es la libertad con la que he podido caminar la existencia y buscarle sentido.

El camino recorrido me ha dado la convicción de que debo buscar ser libre hasta el último día de mi vida. En gran medida eso es fruto de mi ser caribe, de haber nacido en La Perla, de haber sido llevado a los 40 días de nacido al mar, siguiendo una bella costumbre de la gente que vive cerca de ese infinito "horizonte azul". Creo que desde entonces tengo un anhelo por ensanchar también los horizontes de la vida. Ese deseo de libertad también es heredado de mi abuela, quien tuvo con Dios la relación más libre que conozco. Ella nunca me enseñó una religión de estereotipos ni obligaciones, sino de gratitud y alegría, de confianza en un Dios que es mucho mejor persona que nosotros. Esta idea creció en mí cuando llegué a los estudios teológicos y me encontré con que la gran pasión del Dios de la Escritura es la libertad de su pueblo; con que las líneas de profundización de la Biblia apuntan a un Creador que quiere a sus hijos libres; con que Dios se opone a cualquier tipo de esclavitud y especialmente la que trae una religión mal entendida, centrada en legalismos y cumplimientos y no en la búsqueda de la plenitud a la que Dios nos impulsa.

Encontré al Dios del Éxodo, al de Gálatas, al del "joven rico"⁶, al que no se le hace una convocatoria obligatoria, sino una propuesta que puede desechar, al que Jesús deja partir pues lo suyo no es obligar ni coaccionar, sino invitar y dejar decidir. Encontré al mismo Dios del relato del paraíso, el que pone todo a tu disposición y te da la posibilidad de hacer lo que quieras, incluso equivocarte, porque su plan con los seres humanos no es que obedezcan ciegamente, sino que encuentren aquello que los haga ofrecer su vida por algo valioso, aunque en el camino de encontrarlo puedan distraerse o fallar.

Pude probar mucha lucidez intelectual y encontrar en los años de la formación muchas ideas claras sobre un catolicismo más parecido al de mi abuela que al de aquellas que no dejaban bañar a los niños en Jueves Santo. **La teología y la enseñanza de la Iglesia me dieron el rigor de pensamiento con el que hoy me es posible tomar la decisión de renunciar al sacerdocio sabiendo que hacerlo no significa una traición a mi vocación ni un abandono de mi fe.** A ese rigor que aprendí en la Iglesia agradezco la claridad con la que hoy puedo pensar en lo mucho que debo transformar mi vida para ser mejor y más útil a mis hermanos. También a ese rigor agradezco la claridad con la que hoy sé que la Iglesia aún debe transformarse mucho para ser verdaderamente reflejo del Dios de la Libertad.

En muchos momentos de mi vida como seminarista y como presbítero pude ir rozando esos escenarios de autenticidad y autonomía. Cuando tomé la decisión de dejar el seminario diocesano y probarme como candidato eudista tuve que soltar muchas de mis expectativas sobre el sacerdocio, especialmente sobre lo que creí que podía hacer al regresar como cura a Santa Marta. Las ideas, los proyectos, los sueños fueron puestos en

la balanza y se vieron radicalmente transformados, porque eso es libertad: no obstinarse con la idea de que hay un único plan que puede llevarnos a realizarnos como seres humanos. Cultivé un estilo particular en mi lenguaje, en la manera de relacionarme y hasta en mi apariencia, lo que me hizo ganarme muchas críticas, pero yo sabía que en mis sandalias o en mis manillas no estaba lo fundamental, que nuestro distintivo como cristianos no es una cierta manera de vestir, sino de vivir y actuar hacia los demás, y eso es lo que quise fortalecer. Eso se lo debo la formación teológica que me hizo entender con claridad la pasión por la libertad que caracteriza a nuestro Dios.



Agradecer lo que viviste es un paso importante y necesario para empezar una nueva vida. Pero es apenas un primer paso. La gratitud que te propongo es la de ser capaz de tomar conciencia sobre lo que el camino recorrido te hizo llegar a ser. No hay manifestación de libertad más grande que poder elegir lo que uno quiere llegar a ser, más allá de lo que tiene ganas de hacer. Lo que has vivido, lo que has andado, lo que queda tras de ti te hizo ser muchas cosas que no serías de no haber pasado por allí. ¿De cuáles puedes sentirte orgulloso? ¿Cuántos de tus rasgos quisieras conservar hasta el último día de tu vida? Allí hay algo valioso que agradecer, algo por lo que debes sentirte afortunado.

Cuando se toman decisiones de fondo, cuando se ponen en guardia todos los mecanismos de elección porque lo que está en juego es crucial, aparecen dos fuertes amenazas a la libertad: la presión y la seducción. Estas pueden presentarse en nuestro propio pensamiento, en los comentarios de personas que nos rodean o en las convenciones sociales, que casi que nos empujan a hacer ciertas cosas para sentirnos incluidos o parte de algo.

Cuando estás a punto de tomar una decisión que va a cambiar tu vida y va a traer muchas cosas buenas, pues te va a abrir a mejores opciones y oportunidades, muchas presiones aparecerán para impedirte que tomes esa decisión: normas, pautas de comportamiento impuestas o ajenas, modales, manipulaciones, etcétera, montones de cosas que pueden hacerte pensar que eso que quieres está prohibido para ti o que no lo mereces o no eres capaz. Si te dejas convencer, no solo permanecerás en lo que querías dejar atrás, sino que tú mismo habrás cerrado la reja de esa celda en la que decidiste encerrarte.

Por otro lado está la seducción, que a mi modo de ver es peor que la presión, porque juega a convencerte de lo contrario de lo que pensabas por medio de estímulos y de promesas que en el fondo sabes que tienen una probabilidad muy escasa de cumplirse. Cuando intentas hacer un cambio importante aparecerán esos chantajes emocionales llenos de ofertas, de juramentos, de proposiciones que intentan mover tus sentimientos, tus afectos, tus argumentos para que hagas lo contrario de lo que habías pensado. La

libertad siempre se ve amenazada por la seducción de la esclavitud, porque es más fácil permanecer en lo insoportable que darse a la tarea de romper con lo que ya cumplió su ciclo para construir algo nuevo desde cero. Muchos prefieren negociar algo de libertad a cambio de comodidad, así eso signifique renunciar a ser feliz. Es más sencillo, sí. Pero también es triste y, sobre todo, trágico.



En junio del 2011, junto a algunos hermanos sacerdotes eudistas y un equipo de voluntarios de comunidades y grupos de oración hicimos una misión de evangelización entre Barranquilla y Bucaramanga, dos ciudades bellas, llenas de gente grandiosa. Íbamos desde la costa caribe hacia el interior del país, deteniéndonos cada día en un pueblo distinto para compartir con las personas en sus casas, visitar los hospitales, hacer charlas para grupos de profesionales o maestros y tener un gran encuentro de oración en las noches, al que asistían muchas personas. Visitamos quince poblaciones en esta caravana. En cada lugar tuve la oportunidad de conversar con los sacerdotes de cada municipio, curas valientes que habían tenido que enfrentar situaciones muy complejas en territorios donde el conflicto armado colombiano había dejado víctimas de los crímenes más terribles. Muchos de ellos, de manera muy espontánea y genuina, manifestaron interés por conversar. Me pedían algún consejo, me compartían sus situaciones y dificultades. Deseé poder visitar con más frecuencia varios de esos lugares, pues sentía que ese tipo de acompañamiento era el que teníamos que darnos entre los hermanos sacerdotes. Daba gracias a Dios por el regalo inmerecido de su confianza en mí, por permitirme ser útil así fuera solo con una visita de un día.

Algo similar sentí en mis viajes al Chocó, especialmente en las dos misiones que hice junto con mi equipo a las zonas más rurales. Recorriendo el río en medio de la selva, visitamos pueblos que se encuentran a varias horas de los cascos urbanos más desarrollados. No llevábamos una promesa de gobierno, no podíamos ofrecerles una salida a sus dificultades políticas o administrativas y, sin embargo, las personas salían a las calles a saludarnos, nos daban la bienvenida y yo sentía una avalancha de cariño desbordado en cada lugar al que llegábamos. Las poblaciones del Pacífico colombiano, especialmente las del Chocó, padecen toda clase de dificultades. Allí se han radicado, entre otras cosas, la corrupción, la pobreza, la guerra, el narcotráfico, la enfermedad y la destrucción de los recursos naturales por la explotación ilegal de minerales. Lo que no ha estado allí es el desarrollo. Y aun así, sin tener nada material que ofrecer, las personas nos daban la bienvenida con la alegría y la esperanza más encarnada que he visto en toda mi vida. Una vez, tras siete horas de navegar el río, atentos a no cometer ninguna imprudencia, pues por momentos atravesamos zonas en control de la guerrilla o de otros grupos ilegales, llegamos a una población apartada y visitamos las casas de las personas más pobres y sencillas. Celebramos los días de la Semana Santa, visitamos aldeas indígenas, compartimos la mesa con las misioneras que dan su vida en la región y oramos por los enfermos del pueblo. Nunca me sentí tan útil como aquella vez.

También me sentí útil otra vez orando por un enfermo terminal en Barranquilla. Era un hombre que no podía y no quería morir, que no encontraba paz, que no lograba despedirse del todo. Durante muchos años fui cercano a su familia y lo conocía relativamente bien. El diagnóstico de su enfermedad era fatal y todos allí estábamos convencidos de que era necesaria la paz que en casos como ese solo puede dar la hermana muerte. Fui a verlo, oré por él, conversamos con su familia y algo se fue cerrando, se fue encontrando eso que faltaba para poder irse en paz. Murió en cuestión de unas horas. Tal vez un relato de una sanación tendría que ser más impactante, mucho más conmovedor, pero yo he tenido el recuerdo de aquel día en mi memoria porque fue uno de los momentos más genuinos de servicio que he podido vivir en todo mi camino. Porque el servicio auténtico no se trata de que se cumplan nuestros deseos ni que se realicen nuestras ideas más brillantes, sino de acercar a las personas a lo que necesitan con urgencia.

Estos años me han dado un rasgo inevitable que no dejaré que se pierda hasta el día en que me despida de esta vida: la certeza de que el servicio es la mejor y más grande posibilidad de vivir a plenitud. Ponerme en esa posición en la que puedo ser útil a los demás no solo es un antídoto contra cualquier tipo de vanidad, sino que me permite cumplir con eso para lo que fui hecho. “Servir es una felicidad segura”, decía Facundo Cabral, y mis años en el sacerdocio me dejan esa certeza probada en la piel y en la sangre. Hay que ponerse a uno mismo de último, darle la mano a todo aquel que la necesite, comprometerse con la causa de los más necesitados y entregar lo mejor que cada uno pueda dar, lo más genuino de su talento y de su esfuerzo.



Tú eres útil. Que ninguna crisis, dificultad y, especialmente, ningún fracaso, te hagan pensar lo contrario. Que ninguna relación te haga pensar que no sirves o que hay algo de ti que se puede desechar. No es cierto. Rearmar el plan de vida implica tomar nota de aquello para lo que somos buenos y de eso que podemos hacer por otros, de eso en lo que somos irremplazables.

Entre la sensación de ser inútiles, que es destructiva y lamentable, y la de ser indispensables para todo, que es ilusa y desequilibrada, hay un punto importante de equilibrio que siempre tendremos que buscar. Es en ese punto en el que sentimos que somos capaces de ayudar, de hacer algo por alguien más. Entonces descubrimos que lo mejor de nosotros no termina en nosotros, sino que se extiende hasta los otros que tenemos cerca y de pronto no tan cerca.

No des un paso hacia adelante sin tener la plena conciencia de todo tu talento, de tu potencial, del enorme bien que puedes hacer si lo pones al servicio de una causa, iniciativa o cualquier ejercicio de solidaridad. Eso significa tener los ojos muy abiertos para darse cuenta de lo que pasa alrededor, de lo que otros pueden estar viviendo y que

no siempre tienen cómo manifestar o con quién hacerlo. Significa estar atentos a lo mucho que puedes servir simplemente estando cerca de las personas, escuchándolas, acompañándolas y compartiendo con ellas.

En cada nueva etapa tenemos que darnos cuenta de las facetas de servicio que hemos descubierto, de las escenas de la vida en las que resultamos buenos para quienes nos conocen. Hay gente que da gracias a Dios porque tú estés cerca, que pide que no te alejes, que no les haga falta eso que tú les das, que tú aportas. No dejes de darle razón y sentido a esas oraciones.

Distinto a nuestras relaciones de negocios o de amistad, el servicio da una felicidad garantizada porque es el escenario en el que puedes ejercer tu esencia para el bien de otro. Para mí, hay cuatro características que diferencian el servicio de cualquier otro tipo de aporte que hagamos. Son unos rasgos que lo hacen auténtico y lo convierten en un camino inigualable de renovación.

El servicio debe ser:

Desinteresado: *no lo haces por nada distinto a lograr que algo bueno pase en la vida de otro. No esperas allí la reciprocidad o gratitud que sí puedes esperar de otras relaciones.*

Bien hecho: *lo haces con la misma dedicación, exigencia y excelencia con el que haces lo que más te gusta, lo que mejor haces, lo que más te apasiona. Lo haces con la misma calidad de tu trabajo o de tu mejor aporte en las otras cosas que haces.*

Liberador: *lo haces para que el otro se sienta animado a seguir adelante con la vida, sin esclavizarlo, sin hacer que nadie dependa de ti. Al contrario, buscando inspirar a otras personas a ser más libres y autónomas.*

Espiritual: *lo haces como un acto que promueva paz y crecimiento en la vida del otro, que le ayude a descubrirse como alguien integral, lo acerque al bienestar de todas las dimensiones de su vida.*

«««

El padre Juan Rodríguez fue uno de mis profesores de filosofía más agudos y geniales. A él y a muchos otros de nuestros formadores en los dos seminarios en los que viví son a quienes les agradezco la posibilidad de forjarme un pensamiento profundo, riguroso, con amplitud y con la capacidad de ir más allá de lo obvio. Una vez el padre Juan me entregó un trabajo de filosofía contemporánea calificado con 5 (la mayor nota), pero con todas y cada una de mis frases corregidas en algún punto. Todas. Con eso me hizo notar que, aunque hubiera hecho un trabajo excelente y de gran nivel, aún tenía muchísimo que aprender. Esa ironía me hizo mucho bien, porque como pedagogía siempre me invitó a ir más allá, a no quedarme nunca conforme con la primera idea que encontraba o se me ocurría. Ese era el nivel de excelencia educativa: un desafío permanente.

Cuando te tomas en serio los estudios de filosofía empiezas a sospechar de las respuestas que satisfacen a todo el mundo. Creo que eso es algo que traía desde los días de mi adolescencia y que he ido cultivando como una forma de pensar y de asumir la vida en los días de madurez. Ni en las relaciones, ni en el trabajo, ni en la fe he querido nunca aceptar ciegamente las cosas, sin pensarlas, sin entender de qué se tratan, cuáles son las ideas que las fundamentan o las explican. Eso es determinante en mi vida, en la forma en que concibo la espiritualidad, la formación, la vida comunitaria. El rigor intelectual hizo que siempre necesitara entender y asumir las lógicas de las cosas con las que me comprometía. Por eso, cada vez que algo pierde sentido, indudablemente sé que tengo que hacer un cambio.

Para la fe esto es muy importante. Hay cierta idea, un poco descabellada, de que la fe solo es posible cuando hay ingenuidad, cuando no se duda de nada, cuando no se hacen preguntas y todo se acepta automáticamente, como un paquete de *software* que se instala y se ejecuta. No es verdad. A la fe hay que masticarla, rumiarla, hay que hacerle preguntas y atreverse a ponerla en duda. Sin eso, lo que vivimos en la religión se convierte en una manipulación peligrosa que nos despersonaliza y que suprime nuestra voluntad. Cuando pensamos la fe, cuando nos atrevemos a entender las cosas en las que decimos creer, estamos mucho más preparados para asumir las consecuencias de esas creencias y para actuar en consecuencia con lo que consideramos nuestras más profundas convicciones.

Buena parte de la gratitud que tengo con el camino recorrido es haber podido crecer en un ambiente tan exigente académica e intelectualmente, haber estado rodeado de formadores y compañeros que siempre retaban mi pensamiento, que me hacían considerar a profundidad todas las ideas. Eso forjó en mí la certeza de que hay múltiples maneras de vivir y me permitió acercarme con apertura y sin prejuicios a muchas personas que viven diversas realidades y ante las que la fe no puede tener una respuesta única, solo aportar una luz en la búsqueda de sentido.

Mi mejor legado ha sido tener la posibilidad de acercar eso a las personas que no dedican años a los estudios teológicos porque quizá tienen su vida llena de ocupaciones tangibles, pero que aun así tienen una búsqueda espiritual. Ahora pienso que esa capacidad que he procurado tener de hacer sencillo lo que es complejo y convertir la teoría en práctica es el fruto de aquella etapa.



Se necesitan seres humanos con cierto grado de inconformidad, que no acudan a las respuestas fáciles ni se conformen con las soluciones rápidas. Es una lástima ver personas que han desperdiciado buena parte de su vida consultando toda clase de gente sin preparación que combina palabras, doctrinas y tradiciones que no conocen a profundidad y que aparentemente ofrecen la gran solución a todo. Se requieren personas que sean capaces de ir más allá, de hacer las preguntas que nadie quiere

hacerse, que puedan desafiar el engaño, la superstición y el facilismo.

Cuando una persona se conforma con las respuestas aceptadas por el grueso de la gente, cuando da por sentado que hay que llegar adonde todos quieren llegar y conseguir lo que todos quieren conseguir, su vida queda atrapada en las expectativas ajenas. Si tu prioridad es impresionar a los demás o parecerte a ellos, es muy posible que nada de lo que hagas llegue a realizarte realmente como ser humano. Tomarnos en serio la vida implica que seamos capaces de hacernos preguntas importantes, de buscar respuestas que podamos comprender, que podamos explicar también.

Tomar decisiones importantes en la vida, decisiones de cambio de rumbo, de reinención, necesariamente implica que nos demos a la tarea de hacer análisis de fondo, de pensar a profundidad qué opciones tenemos, qué alternativas hay y cuáles son sus posibles consecuencias. De lo contrario estaremos sometiéndola a una aventura improvisada.

Hay que llenar la cabeza de ideas, conocer, aprender, explorar cosas y profundizar en lo que más nos apasiona. Eso nos da herramientas para ser mejores en las relaciones y hacer elecciones más informadas. También en la vida espiritual hay que tener esa actitud crítica, ese rigor, pues no puede ser que esa parte tan importante y central de la vida, ese hilo conductor de todo que son la creencia y la práctica espiritual, quede en manos de otros simplemente porque tenemos pereza de aprender.

«««

En el capítulo 2 del evangelio de Marcos hay una escena de la que he hablado mucho y sobre la que he reflexionado ampliamente. Un hombre que necesita un milagro es llevado por sus amigos ante Jesús. Al no poder entrarlo a la casa por el gentío que hay, deciden subirlo al techo, abrir un hueco y bajarlo para ponerlo frente a Él. Siempre le pido a Dios ser un amigo de esos y tener amigos de esos. Ser de los que no esperan a cargar el féretro, sino de los que cargan la camilla para que su amigo siga vivo. Amigos como esos me ha dado el Señor a lo largo de esta historia, y creo haber sido un amigo así para muchos.

Entiendo los amigos como la constatación de que necesitamos cómplices para lograr los planes que nos trazamos en la vida. Sé que es posible rodearnos de personas con las que tengamos más coincidencias que diferencias, porque solo con personas así es posible sacar la existencia adelante, hacer que las dificultades se vuelvan aprendizajes y lograr que los proyectos no se queden en ideas sino que se hagan prácticos, pues los amigos son otras manos que se comprometen con tus iniciativas como si fueran tuyas.

Yo he estado siempre rodeado de buenos amigos, de personas con las que comparto lenguajes, rutinas, gustos, y con los que encuentro que puedo poner mi pensamiento en voz alta sin temor alguno y sin necesidad de medir lo que digo. Aunque fui perdiendo relaciones, apoyos y amistades en la vida comunitaria, al mismo tiempo fui cultivando

fraternidad y comunidad con personas que no necesariamente eran presbíteros, sino hombres y mujeres dedicados a cosas que no tienen ninguna relación con lo que yo hacía en la Iglesia en ese momento. Ellos son el regalo más grande que me queda de la historia que he vivido, son la mejor herencia que me llevo del ministerio, porque son quienes me han servido también para escarbar lo que la vida me ha ido dejando, lo que he ido aprendiendo.

«««

A la soledad no hay que huirle, pero tampoco hay que dejarla instalarse como si fuera la dueña de la casa. Toda reinvención es posible si se cuenta con cómplices para asumir todo lo que hay que dejar atrás y todo lo que hay por construir hacia adelante. Pobres aquellos que construyen su vida sin amigos, que no tienen a nadie a quien puedan considerar su hermano.

Ser amigo es más importante que tener amigos, hemos oído decir. Y es cierto. Nada más valioso que esa capacidad de vincularte, de comprometerte, de acoger como propias las cosas de otro, de preocuparte y sentir urgencia por aquello que no te está pasando a ti sino a tu amigo. Nada tan humano como eso.

Me cuesta entender la vida de las personas que se la pasan rodeadas de gente a la que no quieren y con la que no se entienden. Que tienen que pensar dos veces antes de hablar en su propia casa, en sus reuniones de amigos. Que saben que es mucha más la crítica que el reconocimiento en su círculo social, y sin embargo siguen ahí, sin construir ninguna relación realmente edificante, capaz de desafiarlos para ser mejores. Vive tu camino en compañía, haz de cada momento con alguien el comienzo de una historia épica, de una amistad de esas que traspasan cualquier prejuicio o barrera. Ten amigos que sean capaces de echarse al hombro tus dificultades, no porque haciéndolo te anulen o te reemplacen, sino porque quieren convertir tu dificultad en la suya para mostrarte, entre otras cosas, cuánta razón tenía Jesús al invitarnos a dar la vida por los amigos.

«««

5 Minca es un corregimiento del distrito de Santa Marta, en el departamento del Magdalena, al norte de Colombia. Está ubicado en las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta a unos 14 km del centro de Santa Marta. Por su parte, los Foyers de Charité nacieron en 1936, bajo el impulso de Marthe Robin y del Père Finet. Como obra católica internacional, su misión esencial es proponer retiros espirituales abiertos a todos, creyentes o no. [N. del E.]

6 16 Sucedió que un hombre se acercó a Jesús y le preguntó: —Maestro, ¿qué es lo bueno que debo hacer para obtener la vida eterna? ¹⁷ —¿Por qué me preguntas sobre lo que es bueno?[a] — respondió Jesús—. Solamente hay uno que es bueno. Si quieres entrar en la vida, obedece los mandamientos. ¹⁸ —¿Cuáles? — preguntó el

hombre. Contestó Jesús: —“No mates, no cometas adulterio, no robes, no presentes falso testimonio, ¹⁹ honra a tu padre y a tu madre”, y “ama a tu prójimo como a ti mismo”. ²⁰ —Todos esos los he cumplido[d] —dijo el joven—. ¿Qué más me falta? ²¹ —Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme. ²² Cuando el joven oyó esto, se fue triste, porque tenía muchas riquezas. ²³ —Les aseguro —comentó Jesús a sus discípulos— que es difícil para un rico entrar en el reino de los cielos. ²⁴ De hecho, le resulta más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios. ²⁵ Al oír esto, los discípulos quedaron desconcertados y decían: —En ese caso, ¿quién podrá salvarse? ²⁶ —Para los hombres es imposible —aclaró Jesús, mirándolos fijamente—, mas para Dios todo es posible. ²⁷ —¡Mira, nosotros lo hemos dejado todo por seguirte! —le reclamó Pedro—. ¿Y qué ganamos con eso? ²⁸ —Les aseguro —respondió Jesús— que en la renovación de todas las cosas, cuando el Hijo del hombre se sienta en su trono glorioso, ustedes que me han seguido se sentarán también en doce tronos para gobernar a las doce tribus de Israel. ²⁹ Y todo el que por mi causa haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, [e] hijos o terrenos recibirá cien veces más y heredará la vida eterna. ³⁰ Pero muchos de los primeros serán últimos, y muchos de los últimos serán primeros. (Mateo 19:16-30, extractado literalmente de www.biblegateway.com)

CAPÍTULO III



El plan perfecto no existe

El deporte que más y mejor jugué cuando joven fue el baloncesto. Sé que es más fácil que se me asocie con el fútbol, pues es un tema del que hablo mucho, pero he jugado poco fútbol en comparación con todo lo que jugué baloncesto. Hasta que me pasó lo que no debía pasarme: resulté siendo demasiado bajo de estatura para la posición en la que estaba acostumbrado a jugar y no resultaba tan ágil en la que, por mi altura, debía ocupar. Entonces conocí la banca y llegó el momento en el que supe que tenía que dejar a un lado ese deporte porque ya no iba a pasar de allí. Iba a estar en el equipo, pero tendrían que darse condiciones muy específicas para que yo apareciera en la lista. Ahora soy un espectador asiduo de los partidos de la nba, pero guardo la nostalgia de aquellos días en los que luchaba por balones bajo el aro.

En varios momentos de mi vida en el ministerio sentí como si estuviera sentando en la banca de nuevo, haciendo parte de un equipo en el que percibía una lucha constante por tener el protagonismo y no por darlo, rasgo fundamental del verdadero liderazgo. Eso hizo que en muchas ocasiones mi deseo de realizarme y de poner mi talento al servicio de los grandes ideales que me llevaron a optar por esa manera de vivir se quedaran a la espera. No es que no haya tenido oportunidades o visibilidad, sino que no existía la posibilidad de vivir en una cultura del reconocimiento en donde fuéramos capaces de resaltar lo que cada quien tenía para aportar y de abrir espacios pertinentes para que todos pudiéramos hacerlo.

Uno de los criterios básicos para construir una nueva vida, para diseñar otro plan y empezar a caminar en una nueva dirección es tener claro el rumbo, el norte, lo que muchas veces inicia con una pregunta sencilla: ¿Qué cosas sé que ya no quiero vivir más? Yo tenía muy claro qué asuntos de mi vida pasada, de mi caminar hasta el año 2017, no quería permitirme ni permitirle a nadie más. Dejé el baloncesto porque llegó el momento en el que el entrenamiento iba a ser como salir a hacer ejercicio, pero no iba a poder entrar a la cancha. No podía permitir que me pasara lo mismo con mi vocación: el cristianismo es una cancha en la que debe ser posible que estemos todos, pues la inclusión es uno de sus rasgos distintivos.

Días antes de sentarme a escribir estas historias me sucedió algo que me confrontó bastante sobre este punto. Estaba en un concierto de Pipe Peláez, uno de los compositores y cantantes vallenatos que más difusión le han dado al género en los últimos años. Había recibido la invitación y había ido con gusto a escuchar a ese amigo con el que tantas veces habíamos hablado de música, de juglares y de versos con acordeón. En medio del concierto, saqué mi celular para chequear en Twitter el resultado de un partido de fútbol. Al abrirlo, me encontré con que, en alguna entrevista, un personaje de la Iglesia había hablado muy despectivamente y con cierto desprecio de mí, asumiendo una posición muy difícil de entender: juzgaba que a mí me había hecho falta

mucha oración en mi vida. Ni el mismo Dios contabiliza qué tanto ora una persona, pero esta persona en cambio sí lo hacía ¡y públicamente! No fue un momento grato y contrastó con que, minutos más tarde, cuando Pipe Peláez estaba anunciando sus agradecimientos desde la tarima, se dirigió a mí y dijo que yo era alguien con quien podía contar para hablar de cosas profundas y que encontraba respuestas en mi forma de vivir la fe. “¡Qué ironía! —señaló uno de los amigos que estaban allí conmigo—: alguien que no tiene mucho que ver con tus creencias te reconoce, y el que se supone que vive empapado de lo mismo que tú, te ataca”. Entonces volví a sentir que algunos en el equipo definitivamente no quieren pasar el balón.

Demasiada sumisión es nociva para vivir con autenticidad. Muchos creen que he sido un cura irreverente, pero la verdad es que he sido muy poco rebelde hacia las obras, las personas o las instituciones a las que he prometido lealtad. No olvidemos que, en la perspectiva católica de la vida, todo es comunitario, no se entiende la felicidad como un ejercicio individual ni se hace el camino individualmente. La reciprocidad es fundamental en las relaciones fraternas, en la vida comunitaria, no solo de una congregación en particular, sino en la propuesta de vida espiritual que asumimos los bautizados. Revisando con detalle todo mi recorrido, examinando qué hice para llegar hasta aquí, he llegado a la conclusión de que quizá me faltó ser más enfático en propuestas, posturas y perspectivas, tal vez debí ser menos sumiso y retar una concepción tergiversada que se tiene de la lealtad y que no admite que en ciertas circunstancias de la vida hay que exigir una cierta reciprocidad, cosa que yo no quise hacer.

En la vida no se puede permanecer en la banca. Nadie puede perder el tiempo siendo la suplencia de nada. Si tienes un trabajo, es tu trabajo, lo haces bien y brillas haciéndolo. No puedes pasarte la vida esperando que te toque el turno. Si tienes una relación con alguien, la asumes y la protagonizas, no puedes estar tras la cortina esperando a ver si te dan o no el primer lugar. Si conformas con otras personas un equipo es porque reconoces que tienes un sitio en él y porque también sabes darles a las otras personas su lugar.

Esa es una de las claves para realizarnos como seres humanos: encontrar nuestro sitio, nuestra misión, un sentido de vida y hacer todo lo que hagamos con el corazón. Eso es lo que puede apreciarse en muchos de los milagros de Jesús, los cuales, lejos de ser episodios paranormales, se concedieron para transformar la vida de personas que no tenían un lugar o que habían sido relegadas a la periferia. Tras el encuentro con Él, esas personas regresaban adonde pertenecían para hacer lo que mejor que sabían hacer. Así recuperaban su dignidad, su esencia, su rumbo. Lo mismo te recomiendo que hagas tú.

El miedo a decepcionar me trajo también a este punto de crisis. Tenía un temor de no cumplir las expectativas de quienes confiaban en mí, pero al mismo tiempo sentía que había pocas personas que se preocuparan o se interesaran genuinamente en mí como ser humano. Hacía días que uno de mis amigos venía haciéndome bromas con “El cantante”⁷, aquella canción que el maestro Rubén Blades le compuso a su admirado

Héctor Lavoe. Esa pieza era como una metáfora de lo que me estaba pasando: un hombre que va de un lado a otro, al que se le hacen muchas peticiones, críticas y exigencias, pero a quien pocos llaman o visitan para saber si está bien. Verás, cuando uno tiene un cierto nivel de reconocimiento público, comienza a ser visto como un comodín para el juego de otros que saben que contar con alguien que ya ha capturado la atención de la gente y cuya voz tiene cierto eco es una especie de garantía de que las cosas saldrán bien. Eso empecé a sentir yo, y ante mí se abrió un panorama en el que se me exigía cumplir con un montón de agendas, compromisos y entregas, pero en el que pocas veces alguien me preguntaba realmente qué estaba pasando conmigo, en mi interior.

A finales de agosto del 2016 me enfermé. El acelerado ritmo de mi trabajo y el exceso de peso, exigencias y preocupaciones, me llevaron a tener complicaciones con el azúcar y a pasar varios días hospitalizado. Salí de allí con la determinación de cuidarme. En ese proceso de recuperación me di cuenta de que me había acostumbrado a que la gente no se preocupara por mí. Algunos medios hasta hicieron artículos con mis claves para bajar de peso, pero pocos se dieron cuenta de que yo lo que estaba intentando era no descuidarme, no poner mi vida en riesgo por miedo a decepcionar y a privar a otros de mis aportes.



Para cambiar de vida es preciso que identifiques cuál es tu norte, tu rumbo, hacia dónde te diriges y cuál quieres que sea tu futuro. Es posible que lo primero que logres identificar sea lo que no quieres vivir. Reconocer esto es clave para tomar las decisiones que te encaminen a construir algo nuevo y que garanticen que no vas a repetir eso que con claridad y lucidez ya sabes que no quieres volver a vivir.

Esto significa que no puedes decidir desde las expectativas, los deseos, y mucho menos los caprichos de los demás. Si tienes compromisos y has asumido un cierto papel, debes buscar la mejor manera de cumplirlo con coherencia y con autenticidad, pero teniendo claro que ningún rol implica someter la vida a menos de lo que tu dignidad merece. No podemos justificar nuestras frustraciones en la obediencia, en el destino que otros han trazado, en lo que se supone que esperan de nosotros. Si eres infeliz, nada de lo que hagas, desde ninguna de las funciones que cumplas, podrá satisfacerlos de todas maneras.

Es increíble la cantidad de gente que está dispuesta a aceptar el desamor con tal de no tener que soportar la soledad. Es una gran paradoja porque no hay nada que produzca más sensación de abandono que el desamor.

No es lógico ni entendible que algunas personas salgan de situaciones insoportables y al cabo de un tiempo estén viviendo lo mismo en otra parte, con otras personas y en otras circunstancias. Es como si cambiaran la escenografía pero el libreto siguiera siendo el

mismo. Inaudito.

Ese no puede ser tu caso. Tú eres importante, eres crucial, eres clave para la felicidad de muchos, pero para que puedas cumplir con esa tarea es indispensable que tú seas feliz, que vivas con realización y satisfacción, que sepas darte lo que necesitas y no te conformes con recibir migajas de parte de nadie. Eso no es egocentrismo; es la clave para vivir tu vida a plenitud.

Si has llegado a un punto de tu vida en el que sabes que debes hacer transformaciones drásticas, asegúrate de que en el capítulo que vas a empezar no haya relaciones marcadas por la apatía, la indiferencia o la falta de atención genuina hacia ti, lo que eres y lo que te pasa. Recuerda que un nuevo capítulo empieza cuando identificas lo que mereces y necesitas, cuando aceptas con humildad que viniste a la vida a hacer realidad lo que sueñas de la mano de Dios. Y cuando te marches, cuando renuncies, cuando te despidas, cuando te encuentres frente al ultimátum del cambio, asegúrate de tener claridad de lo que no vas a permitirte de ahora en adelante, ni vas a permitirle a nadie. Es tu vida la que está en juego.

«««

San Pablo, el llamado Apóstol de los Gentiles, fue un hombre muy importante para ese momento en el que el cristianismo dejó de ser un pequeño grupo dentro del judaísmo y se convirtió en un movimiento con una propuesta de vida distinta a la que sugería aquella religión ancestral. A San Pablo le cobraban muy caro el hecho de que le iba bien en los lugares a los que iba y que las personas lo escuchaban y seguían sus enseñanzas, las cuales hacían posible que la propuesta de Jesús fuera acogida por gente que no venía del judaísmo. En este punto de mi vida me siento identificado con la historia de Pablo de Tarso. Él tuvo que defenderse varias veces explicando por qué era legítimo que él enseñara y acompañara a las personas de las comunidades y contando todo lo que había hecho por esa gente, todo lo vivido y lo sufrido.

Hay una idea muy confusa en la espiritualidad que afirma que a los cristianos auténticos todo les tiene que salir mal. Que deben ser personas opacas, aplacadas, sin nada que les permita sentir el más mínimo orgullo. Por el otro lado hay una especie de extraña superstición en la que se supone que cada porción de tiempo, de dinero o de rigidez moral que el cristiano le ofrezca a Dios le será retornada en toda clase de beneficios visibles a los ojos de los incrédulos. Para los que creen lo primero, los hijos de Dios deben ser personas que pasen desapercibidas ante el mundo. Para los que creen en lo segundo, deben ser personas que causen la envidia del mundo. Yo creo que ambos caminos son interpretaciones muy convenientes y poco acertadas sobre la fe. Son como jugar a usar a Dios. Yo no creo que un auténtico cristiano deba permanecer en la sombra y tampoco pienso que el reconocimiento sea un premio que Dios otorgue como recompensa.

Siempre trabajé duro y con la intención de que todo saliera bien. Sin importar si la tarea era hacer un programa de oración de media hora en la radio o llenar un estadio con 30 000 personas, ponía todo de mí e intentaba inspirar a mi equipo de trabajo para que hiciera lo mismo y que el resultado fuera excelente y de calidad. Nunca sentí que el éxito tuviera que ser un motivo de acusación y tampoco alardeé de que los aciertos fueran recompensas de un Dios que reparte beneficios.

No quiero sentir más acusaciones por hacer cosas que salen bien, que son acogidas por muchas personas y generan en ellas una cercanía con ellas mismas y con Dios. Hoy, al hacer el inventario de esas situaciones que no quiero vivir más en adelante y revisar las cosas que me llevaron a tomar la decisión de renunciar, reconozco que me faltó énfasis en la predicación, en la formación. Me faltó compartir con personas de la Iglesia lo inconvenientes que me parecían ciertas posturas.

Quizá seas de los que esperan que sus líderes religiosos les aseguren que Dios se va a encargar de que no tengas una sola dificultad en el camino. Y algunos líderes se atreven a hacerlo. Pero yo no lo hice antes y no lo haré ahora, porque lo que he entendido a lo largo de todos estos años es que el Dueño de la Vida te hizo capaz de brillar y espera que lo hagas, y por lo alto, para que otros puedan salir de su propia oscuridad. Eso no significa que Él vaya a ahorrarte esfuerzos, que vaya a darte privilegios sobre otros o que vaya a mostrarte atajos para llegar a donde quieres.

«««

¿Para qué sirve Dios entonces?, te preguntarás. Bueno, tal vez no sirva para eso que muchos quieren, que es ser exitosos rápida y fácilmente, pero sí útil para que nos encontremos a nosotros mismos y reconozcamos nuestro valor, para entender cuál es la mejor forma de realizarnos y lograr que esa plenitud resulte útil para los demás. Dios sirve para que encuentres aquello para lo cual sirves, y te acompaña en tu camino para realizar lo que descubras.

No creo en un Dios que nos conmine a la conformidad, a la mediocridad de una vida sin victorias, sin destacarnos en nada, sin sentir la satisfacción de lograr exactamente lo que nos propusimos. No creo que su plan para nosotros sea que vivamos a medias, con la mirada en el piso y sin llamar nunca la atención de nadie. Por eso la espiritualidad es crucial en la renovación de la vida. De hecho, creo que toda espiritualidad genuina implica un ejercicio de renovación y reinención constante, pues solo así podemos aspirar a alcanzar la plenitud y la realización a las que hemos sido llamados y a las que los cristianos conocemos como perfección y santidad. A eso y a nada menos que eso has venido a este mundo, lo que significa que no estás hecho para ocultar tu talento, tu éxito o tus logros, sino para que estos te inspiren e inspiren a otros a vivir con la fuerza y la determinación de quien sabe lo que vale y lo demuestra.

«««

Al despertarme el 5 de septiembre del 2018, encontré cientos de mensajes en mi celular de personas que me preguntaban por la noticia de mi retiro del sacerdocio. Yo no sabía lo que estaba pasando; circunstancias ajenas a mi control me empujaron a hacer pública la noticia antes de lo que hubiera querido. Mi decisión estaba tomada y estaba haciendo el debido proceso con mis superiores de la comunidad y respetando la jerarquía dentro de la Iglesia, pero aún no había hecho público mi retiro. No me había acostado el día anterior con la determinación de contarle al público mi decisión. Pero así tuve que hacerlo, dado que se presentaron circunstancias que yo no había elegido ni decidido.

Fue un día de cataclismos, de muchas emociones encontradas, pero al final, cuando dejé de leer reacciones o comentarios en las redes sociales y regresé a mi casa, me encontró la paz. Desde ese día, la decisión y las pequeñas elecciones que tengo que hacer cotidianamente para sostenerla me han traído mucha serenidad. **No niego que me desconciertan algunas reacciones y algunas críticas de la gente. No niego que si bien algunos de los memes que se hicieron conmigo me divirtieron, otros me incomodaron. Tampoco voy a decir que nada de lo que pasó a mi alrededor me alteró emocionalmente. Sin embargo, sí puedo decir que nada me quitó la paz.** Es que la paz no se da únicamente cuando afuera no está pasando nada preocupante. Se da cuando tenemos la certeza de que vamos por buen camino; uno que por más dificultades y obstáculos que tenga, sigue siendo el camino correcto.

Esa paz es la confirmación íntima y personal de que lo decidido es lo mejor. Yo sabía que esa era la elección que debía hacer, a pesar de las múltiples críticas de las personas en redes sociales, de la preocupación y las dudas de algunas personas cercanas y de las predecibles reacciones adversas de ciertos sectores de la Iglesia que nunca fueron del todo felices con mi predicación, mi estilo o mi aparición en los medios de comunicación. Mi esfuerzo ahora debía centrarse en llevar a cabo mi decisión con honestidad y coherencia, sin temores y con la misma valentía con la que había enfrentado todas las cosas difíciles de la vida.

A esa paz también han contribuido muchas personas tanto desconocidas como cercanas. Nunca en mi vida he sido abordado por tan diversas personas en la calle. Con un abrazo, un apretón de manos o un grito desde el otro lado de la acera, me dicen que me apoyan, que se sienten cercanos a mí, que ven valentía o coraje en mi decisión, que no quieren dejar de recibir lo que tengo por compartirles o que siempre voy a ser para ellos el “padre Linero”. Aquellas manifestaciones no me traen ninguna emoción distinta a la paz, pues la vocación de servicio, dentro o fuera del ministerio, solo tiene sentido cuando las personas que reciben lo que hago encuentran que les resulta útil, que pueden hacer algo con eso. También las personas cercanas se han manifestado a través de correos, visitas, conversaciones. Hemos hablado de esta renovación que he empezado, de las implicaciones que tendrá y de lo que sigue, lo cual es para mí todavía desconocido. Su disposición para acompañarme y hasta para enseñarme a hacerme cargo de esos detalles de la vida cotidiana que nunca había tenido que enfrentar en el pasado me dan el aliento y la fuerza propias de la paz de Dios.

Cuando no te permites la crisis, tampoco te permites la paz. Cuando acallas tu insatisfacción o adormeces la certeza de que hay algo que ya definitivamente no funciona, puede que sientas una calma aparente en ciertos momentos. Pero no te engañes, no es más que una anestesia. El conflicto sigue ahí y no va a desaparecer hasta que lo mires a los ojos, lo llames por su nombre y te decidas a ponerle fin con todo lo que eso implique.

La inercia trae la sumisa quietud de la rutina. Y eso termina acabando con las ganas de vivir, la pasión, la felicidad y la propia dignidad. Espero que no sea tu caso.

Es fácil confundir la anestesia con la paz en medio de las situaciones que nos ponen contra las cuerdas. La paz es una convicción que surge de revisar las opciones, de evaluar cada una y medir sus consecuencias, de considerar si tenemos las fuerzas y las herramientas para asumir lo que se viene si decidimos una u otra cosa. Es la tranquilidad de saber que estamos siendo honestos con nosotros mismos, que no nos estamos engañando, que no estamos decidiendo algo por resignación. La anestesia en cambio es el camino fácil, es la respuesta rápida, es cuando le damos el permiso a las personas o a las circunstancias de decidir por nosotros en los temas trascendentales.

El proyecto de vida no es un vestido que te pones para que los otros opinen si se te ve bien o no. Puedes admitir los consejos, escuchar las opiniones de las personas que te importan, pero las decisiones finales, las trascendentales, te toca tomarlas a ti y a nadie más que a ti.

En enero del 2018 empecé a buscar un apartamento para tomar en arriendo en Bogotá. Desde el primer día me quedó claro que no estaba preparado para algunas de las cosas que tendría que enfrentar en mi nueva vida. Desconocía el papeleo y las consideraciones que hay que tener en cuenta para firmar un contrato de vivienda en una ciudad tan grande y tan compleja en su realidad social como Bogotá. Dos semanas después, estando en el supermercado, me di cuenta de que no sabía del todo qué era lo que se necesitaba para la limpieza y la manutención de un hogar. Por fortuna iba acompañado de alguien que había vivido solo y sabía perfectamente de qué se debía llenar un carrito de supermercado, así que con su ayuda superé esa prueba. Pero me quedó la misma sensación que tuve con la búsqueda de apartamento: “Estoy a punto de cumplir 50 años y no sé algunas de las cosas que debo saber para poder vivir solo”.

Un par de veces se me han vencido los recibos de los servicios públicos. No cuento esto como anécdotas graciosas, ni con orgullo. En la comunidad nunca había tenido que fijarme en las fechas de pago de nada ni tenerlas como una de mis preocupaciones. Por mis amigos y colaboradores, sabía que eso era algo que hacía la gente, pero otra cosa era

verme yo ahora en esas. Mi nueva cotidianidad me exigía adoptar una estructura que yo no tenía y que debía aprender.

Así como la vida en el ministerio, en el seminario y en la congregación me habían proporcionado enormes riquezas —la libertad, el rigor intelectual, los amigos y la satisfacción de los sueños cumplidos—, también me había heredado unas lógicas de relacionamiento que no funcionan fuera de esos escenarios eclesiásticos. Cuando salí de allí me di cuenta de que había maneras de interactuar en el día a día que no se parecían en nada a las que tenemos los curas, y que debía empezar a reconocerlas y a aprenderlas. Desmonté los imaginarios que tenía antes sobre la realidad que ahora confrontaba y se puso en evidencia la experiencia que me habían dado los años, pero también la vulnerabilidad en la que me encontraba ahora que no estaba en el contexto donde había vivido tanto tiempo. Pensé que, si hubiera tomado esa decisión siendo un poco más joven, de pronto hubiera cometido más imprudencias, pero también quizá me hubiera sentido más fuerte.

No es que yo me imagine que en esta nueva vida todo vaya a ser ideal y que jamás vaya a sentir frustración, desaliento, soledad o miedo. Al contrario, muchos temores han aparecido en este tiempo. Estos no me quitan la paz ni la reducen, pero me dan alertas importantes sobre mí y sobre lo que debo cambiar. Durante 33 años me preparé para otra vida y otra manera de estar en el mundo. Naturalmente, cambiar el rumbo implica reconocer que hay cosas que no sé hacer y que hay capacidades que no necesitaba cuando estaba ejerciendo el ministerio y que hoy preciso desarrollar. Todo hace parte del proceso de reinención y renovación. Si algo tengo claro es que no existe el plan perfecto, un camino en donde no haya que enfrentar obstáculos. Lo importante es no perder de vista que es el plan que hemos elegido y tener la capacidad de ajustarse a las nuevas circunstancias lo mejor que se pueda.



No es posible ganarlas todas. Ninguna decisión anula la adversidad y ningún plan, por muy renovador que sea, va a hacer que desaparezcan automáticamente tus defectos, tus fragilidades o tus fallas. Creo que precisamente hacemos estas revoluciones existenciales para enfrentar esas maneras de ser que no son nuestra mejor faceta, que no evidencian lo más milagroso de nuestra esencia, la cual Dios eligió y amasó con sus propias manos.

Por eso no es inteligente pensar que, al tomar una decisión, de un día para otro obtendrás todas las respuestas. Lo mejor de ti se va mostrando poco a poco con tu manera de vivir. Lo que eres irá siempre contigo a todas partes. Puedes mejorarlo y pulirlo, pero nunca acabarlo. Es importante saber eso. Si esperas a que esté listo el diseño del plan perfecto para dar el paso hacia tu nueva vida, no te vas a mover a ninguna parte. Eso es lo que les pasa a veces a las personas excesivamente prudentes o temerosas, a las controladoras obsesivas o a las que

necesitan estar seguras de tener toda la información antes de hacer algo. Estas personas piensan que pueden programarlo todo, cronometrarlo, que sus deseos se van a alinear de alguna forma con el universo y esperan que ocurra un momento perfecto y mágico para dar el salto. Pero ese momento no existe, no llega, nunca pasa. No te lo digo con pesimismo, sino con profunda esperanza, pues eres tú el que le da el sentido al tiempo, el que puede asumir y modificar su vida. No existe el plan perfecto. Tu nueva vida también tendrá sus contradicciones e incoherencias. En algún momento también necesitará algún ajuste, pero eso no significa que debes quedarte en donde estás.

Tampoco te aconsejo que improvises del todo. No tengo nada contra las personas aventureras que van por la vida sin tener un plan determinado —también yo leí aquel proverbio oriental que dice que “el buen viajero no sabe para dónde va, pero el viajero perfecto no sabe de dónde viene”, y creo que se puede aplicar en muchos momentos de la vida—. Sin embargo, pienso que quien tiene claro lo que quiere de la vida encuentra menos dificultades para tomar las decisiones que tiene que tomar y para ejecutar las acciones que sean coherentes con su elección. Quien sabe lo que quiere centra sus esfuerzos en construirse, en edificarse a sí mismo, lo cual, como ya he dicho, es la mayor manifestación de libertad posible.

Nunca vas a poder planearlo todo minuciosamente, y mucho menos podrás llevar a cabo el plan exactamente como lo pensaste. Puedes trazarte metas y límites, tener claras las realidades que ya no quieres repetir, pero no podrás diseñar una vida desprovista de adversidades o en la que no tengas que hacer renunciaciones. Decidir siempre implica dejar unas cosas para tomar otras. Que eso no te inmovilice, ni disminuya tu capacidad para elegir. Arriésgate, decídete.

«««

Algo más. Una de las bendiciones de estos últimos cuatro años es que, a pesar de las dificultades, la soledad y el aislamiento, he podido ver con más claridad que en cualquier otro momento de mi vida cuáles son mis valores no negociables. Es decir, esos principios de vida que al final de cuentas articulan las decisiones, las motivaciones y los sueños. Pude entender lo que a estas alturas de la vida no estoy dispuesto a perder ni a poner en riesgo. Esta es una comprensión a la que llegamos cuando nos damos la oportunidad de revisarlo todo, de cuestionar incluso lo que más damos por cierto, de poner sobre la mesa todas nuestras certezas y seguridades y evaluar su verdadero valor y autenticidad. Esa es la maravilla de las crisis, es lo que la Biblia nos invita a vivir en los 40 días que pasó Jesús en el desierto o en los 40 años que Moisés y su pueblo pasaron allí. Esos pasajes nos indican que hay un tiempo para interiorizar, despojarse de seguridades, encontrarse cara a cara con Dios y permitirse examinar la existencia junto a su luz y guía. Cuando hacemos eso, la mayoría de las veces surgen decisiones trascendentales que lo cambian todo, pero que tienen como punto de partida nuestros

valores propios y auténticos, en los que podemos apoyarnos para empezar a construir una nueva realidad.

Yo he encontrado **cuatro valores no negociables** en mi propio camino. El primero, y me permito ser reiterativo en esto, es **la libertad**. Yo no estoy dispuesto a negociar la mía, no solo porque considero que la vida es un don de Dios al que no se puede renunciar, sino porque pienso que es la única posibilidad de encontrarle sentido a la vida. Yo soy libre al decidir, asumir consecuencias y llevar a cabo lo que he elegido. Esto me ubica por encima de las habladurías, las opiniones y las manipulaciones, porque me afirma en mi dignidad y me permite entenderme como un ser humano capaz que ha recibido la oportunidad de existir para hacer algo significativo con su vida. No entiendo la libertad como darles rienda suelta a los impulsos o a los caprichos, sino como una plena voluntad de comprender mi vida, de construirla, de priorizar lo que me importa, de descartar lo que no y actuar determinadamente y en consecuencia.

El segundo valor es **la inclusión**, la apertura al hecho de que la vida no tiene que vivirse de un solo modo, sino que se expresa de maneras diversas. Algunos creen ingenua o maliciosamente que eso significa no tener absolutos, que reconocer la diversidad, acoger a los otros como son y como eligen ser implica perder de vista el rumbo. Nada más lejano a la realidad antropológica y social del ser humano. Tener un principio de realidad frente a la diferencia y cultivar una actitud incluyente reafirma nuestra identidad, nos permite identificar lo que somos, pues en la diferencia nos descubrimos como seres únicos. Sin ir más lejos, lo que permitió que el cristianismo se expandiera en sus orígenes fue su capacidad de percibir y acoger a personas que pensaban, creían y sentían distinto. Eso fortaleció la propuesta cristiana como fraternidad incondicional.

El tercer valor es **la pasión**, la cual entiendo como la determinación a comprometernos con las causas que nos importan, a entregar la vida por las personas que amamos, a poner todo de nosotros en el servicio a quienes nos necesitan. Tener pasión es involucrar la totalidad de nuestros talentos, capacidades y alegría en las cosas que hacemos, en lo que elegimos, en lo que sabemos que podemos ser útiles. Sin pasión la vida se vuelve insípida y repetitiva, pierde la fuerza con la que se consigue la excelencia y además deja de inspirar. En cambio, cuando hay pasión, tenemos a la mano una de las mejores fuentes de creatividad, pues nos enfocamos en lo que estamos haciendo y nos llegan ideas nuevas constantemente.

Las personas apasionadas siempre generan movimiento, acción, iniciativa. Hay que ser apasionado en la vida de familia y querer hasta con los huesos a los que están junto a nosotros. Hay que ser apasionado en la amistad, reír a carcajadas y correr sin dudar cuando un amigo tiene alguna emergencia. Hay que ser apasionado en el trabajo y no dejar ni una gota de talento en el tintero. Hay que ser apasionado en el compromiso social y no descansar hasta garantizar que las cosas marchen mejor para quienes viven momentos difíciles. Hay que ser apasionado en la espiritualidad y convertir la bondad de Dios, su fuerza y su amor en la razón para seguir respirando. Porque no se trata de repetir

palabras para que Dios no se moleste o nos regale algún milagro, se trata de tener una relación con él, tenerlo en el centro de la vida y convertirlo en el motor de todo. Sin pasión no se puede ser creyente.

El cuarto y último valor es **la conciencia**. Parece que muchas personas tienen la impresión de que la religión nos distancia del mundo, que nos pone en una esfera de irrealidad propia de lo místico y más allá de lo humano. No es mi caso y no lo será nunca. Por el contrario, para mí la fe ha sido la razón principal para tener los pies en la tierra. Pienso que esa es la única forma de dejar huella. La fe ha sido para mí un impulso para vivir la vida con intensidad, pero con mucha atención a lo que sucede aquí y ahora. Creer en Jesús me hizo preocuparme por las cuestiones que afectan a los jóvenes y a las parejas, por las dificultades que viven las personas en su salud emocional y por los asuntos políticos que hacen posible —o imposible— la vida de la gente. Yo voy a vivir mi fe en esta tierra, en este tiempo, sin eludir lo que tengo frente a mí, ni lo que me ha hecho llegar a donde estoy.

Te comparto estos valores no solo porque los considero útiles para cualquiera que desee vivir su vida con valentía y apertura a la convivencia con otros, sino también porque los juzgo necesarios para el mundo actual, para los que vivimos ahora y para los que vienen detrás de nosotros. Mucho se habla sobre lo trágico de los tiempos que corren. Se dice que la tecnología nos distrae, que los dispositivos electrónicos nos aíslan, que ya no se sabe de qué se tratan las relaciones, que la música de hoy no dice nada y que las nuevas generaciones no saben lo que es el respeto, el esfuerzo o el sacrificio. Entre las ideas de la globalización, la posverdad y la posmodernidad, es fácil pasarse la vida quejándose porque el mundo ya no es lo que fue, como si realmente hubiera sido mejor el tiempo pasado con sus autoritarismos, sus guerras atroces y despiadadas, su educación vertical y unilateral, y sus verdades a medias que muchos contradecían en secreto pero afirmaban en público. No, no era mejor. Tenía cosas mejores, así como la realidad actual también es más alentadora en ciertos aspectos. **Hay que aceptar que existen movimientos inevitables en la humanidad, saltos que se dan y que ya no tienen marcha atrás. Por eso, quejarse por lo que fue y no será no solo es una actitud inútil, sino poco inteligente.**

«««

¿Sabes cuáles son tus valores? ¿Tienes claro cuáles son los principios que no estás dispuesto a negociar? ¿Te has preguntado qué sería lo más genuino de ti que quedaría si un día lo perdieras todo?

Todos tenemos asuntos que valoramos más que otros, personas que son más importantes para nosotros, pilares sobre los que construimos nuestra realidad entera. La vida no valdría nada si no tuviéramos ideales por los cuales luchar o valores que defender. Mientras más profundos y sublimes sean esos ideales y esos valores, más posibilidades tenemos de vivir plenamente.

Tus valores son tu punto de partida. Son el fundamento para lo que quieras construir. Las bases que van a permitir que las personas con las que compartes no se pierdan de lo mejor de ti, sino que reciban tu excelencia, entrega y autenticidad. No vale la pena vivir sin tener principios. Puede que sean pocos y no sean importantes para otras personas, pero son las huellas digitales de tu dignidad y valen más que cualquier cosa que puedas conseguir o lograr durante el tiempo que vivas.

Sé libre, sacúdete lo que te aprisiona, suelta lo que te amarra a una vida que no quieres llevar. Tal vez no te lo han dicho, pero tú tienes derecho a cambiar de opinión. Cuando hay libertad sientes que la vida misma llena todo tu ser, que ninguna circunstancia te puede aprisionar. Si olvidaste esa sensación, alguien allá arriba quiere que la recuperes.

Aprende a acoger a los demás, a aceptarlos agradeciendo que no son como tú y reconociendo que su identidad es su mayor riqueza. Aprende a hablar los distintos idiomas de las personas que están cerca de ti. Ganarás perspectiva y les harás ganar un amigo.

Apasionate. Vivir premeditadamente es desgastante. Tener días predecibles es extenuante para el espíritu. Nuestro interior se alimenta de pasión como nuestro cuerpo de oxígeno y alimentos. Ten aficiones, intereses, date la oportunidad de que te importen cosas que solo a ti te importan y a las que dedicas tiempo. Y apasionate por los otros, especialmente por servirles.

Despierta, sé consciente, mantente alerta al milagro de la vida que Dios hace suceder frente a ti en cada momento. Ser capaz de verlo te volverá agradecido y te permitirá encontrar razones permanentes para ser feliz y tener esperanza. Huye de las experiencias que te despegan del planeta, la vida está sucediendo aquí y ahora.

«««

⁷ Un trozo de la canción dice: *Yo, soy el cantante / Que hoy han venido a escuchar / Lo mejor, del repertorio / A ustedes voy a brindar / Y canto a la vida / De risas y penas / De momentos malos / Y de cosas buenas / Vinieron a divertirse / Y pagaron en la Puerta / No hay tiempo para tristezas / Vamos cantante comienza! / Eh le le, le le / Me paran, siempre en la calle / Mucha gente que comenta / Oye Héctor, tu estas hecho, / Siempre con hembras y en fiestas / Y nadie pregunta / Si sufro si lloro / Si tengo una pena / Que hierde muy hondo / Yo soy el cantante / Porque lo mío es cantar / Y el público paga / Para poderme escuchar / Eh le le / Yo, soy el cantante / Muy popular donde quiera / Pero cuando el show se acaba / Soy otro humano cualquiera / Y sigo mi vida / Con risas y penas / Con ratos amargos / Y con cosas buenas / Yo soy el cantante / Y me negocio es cantar / Y a los que me siguen / Mi canción voy a brindar*

CAPÍTULO IV



La vida v uelve a empezar

Recuerdo el día en que le comuniqué al provincial de mi congregación la decisión de retirarme del sacerdocio. Mientras caminaba hacia su casa, iba muy consciente de cada uno de mis movimientos, del ritmo de mi respiración. Sabía que estaba dando pasos que cambiarían mi vida para siempre y que ya nada volvería a ser igual, pero también tenía la certeza de que estaba siendo tan coherente ahora como lo había sido en los años anteriores. Pensaba en lo vivido, en lo agradecido que me sentía, en las dificultades, en la crisis, pero sobre todo repasaba la forma en que quería comunicar lo que había decidido.

Como lo hacía antes de mis predicaciones o conferencias, ensayé las frases que quería decir y preparé con rigurosidad las palabras que usaría para que nada se entendiera como un reclamo o un señalamiento a nadie, para que quedara claro que retirarme era mi decisión y, por ende, mi total responsabilidad. Quería ser respetuoso, agradecido, pero a la vez claro y determinado. Siempre me había comprometido con las promesas hechas a mi comunidad, había estado donde me requerían y procuré hacer esfuerzos comunitarios reales junto con los hermanos con los que conviví. Ahora debía ser claro: pediría formalmente el retiro de la comunidad y la dispensa de mis compromisos como presbítero.

La conversación con el provincial, la cual nunca me imaginé tener en mis 25 años de vida como sacerdote, fue amable y formal. Había dado el paso y ya estaba en el proceso oficial de mi retiro. Esa noche, de vuelta en mi casa, me sentí en paz, tranquilo, agradecido. También temeroso, pero con la confianza intacta en el Dios de la Vida. Así le di la bienvenida a la vida que empezaba.

En los días posteriores, y especialmente a partir de que esa decisión se hiciera pública, algo me impactó: yo seguía siendo el mismo y diciendo lo mismo que había dicho siempre y, sin embargo, muchas personas que antes creían que mis palabras eran lúcidas y útiles, ahora las juzgaban absurdas y descabelladas. Era como si mi decisión me hubiera despersonalizado o como si yo ya no fuera Alberto Linero, sino otra persona. Sentí de inmediato esa terrible capacidad de apartar y despreciar que tienen algunas personas, aun cuando hayan sido llamadas por Dios a acoger y amar.

Definitivamente todo había cambiado. Por primera vez no estaba en un seminario o en una comunidad religiosa. Por primera vez tenía que asumir rutinas que para todo el mundo son cotidianas, pero que para mí eran realmente nuevas: el pago de servicios, hacer compras, presupuestar los gastos, atender los servicios de la casa... todas experiencias totalmente nuevas para mí. Pero lo más nuevo, quizás, era que por primera vez en mi vida adulta no estaba definido por el título de “padre”. Noté enseguida cómo la credibilidad se reducía para algunos y se incrementaba para otros, aunque yo fuera la misma persona antes y después de haber comunicado la decisión. Los primeros porque

asumían que ser padre o cura era un asunto sobrenatural que automáticamente me otorgaba cierta clase de estatus, de privilegio, de superioridad, y los segundos porque creían que despedirme de la vida de presbítero me hacía ahora distinto, más humano o más normal. Tal vez a eso es a lo que el papa Francisco llama “clericalismo”, algo de lo que padecen tanto los que creen como los que no.

La vida religiosa es muy distinta a la vida del común. Ninguna es mejor que la otra, pero sin duda hacen parte de escenarios muy diferentes. Muchos aspectos de la realidad corriente terminan siendo desconocidos para quienes viven en la Iglesia y sus comunidades. **Me pregunto si no valdría la pena formar a las futuras generaciones del clero permitiéndoles tener mucha más inmersión en la vida del común; apostar por una transformación del mundo que se pueda hacer estando en el mundo.** Estos pensamientos pasaban por mi mente cuando hablaba con Jesús tras aquellos días en los que tomé la determinación y conté la decisión de mi retiro.

«««

Nada más aterrador que el día después de tomar una decisión fundamental, una elección que implica un cambio en tu cotidianidad, que implica vivir la vida de otra manera. Al abrir los ojos compruebas que todo ha cambiado. Te enfrentas con la ausencia de aquello a lo que estabas acostumbrado. Distes un sí o un no y ahora todo es totalmente diferente. Nada es igual. Hay un salto cualitativo en tu manera de vivir y de comprender la realidad. Estás en una posición distinta, en una situación diferente. Todo —las personas, las situaciones, los objetos— te lo hace saber, bien sea con sutileza o con extrema grandilocuencia.

Estás enfrentándote a algo nuevo y lo comienzas a sentir inmediatamente. Entiendes que las “maneras” de antes ya no te alcanzan. Tu papel e incluso tu estatus es otro. Tus proyectos ahora son más tuyos, pero eso los hace más distantes de los otros.

Te sientes extraño, desafiado y lleno de temores. Puede que te duela. Sabes que ya no puedes echar para atrás y que debes controlar todas las emociones del momento y seguir adelante. Es la única manera de saber si lo que has decidido es lo mejor para ti y los tuyos.

Puede que encuentres algunos problemas: rechazos, críticas, palabras duras... Puede que tu nuevo camino no sea fácil, que no sea un simple trámite sino una batalla existencial de la que, seguro, saldrás vencedor. Aunque sufras heridas, estas luego se convertirán en cicatrices que te harán sentir orgulloso y marcarán el inicio de un bello relato.

«««

Nunca he tenido una mirada maniquea entre la vida religiosa y el mundo, nunca creí, como los neoplatónicos, que la vida espiritual pertenece al immaculado mundo de las ideas y la vida mundana, al despreciable mundo de las cosas terrenales. Entendí que cuando Juan se refiere al “mundo” no habla de “la sociedad y sus maneras de vivir”, sino a todo aquello que se opone a Dios, aún en la misma vida religiosa. Despreciar la sociedad porque es “el mundo” es no haber entendido lo que nos enseñó el Verbo encarnándose (Juan 1,14).

Por eso me gusta la metáfora del Papa que dice que la Iglesia debe ser como un hospital de campaña: estar cerca del lugar de la guerra y listo para sanar a los heridos y enfermos. Necesitamos entender más la lógica del Dios que se encarna para así poder vivir como viven los hombres. No podemos pretender hacer la voluntad de Dios si vivimos con una lógica distinta a la suya, la que nos ha manifestado en la historia de salvación. A veces cuando veo a algunos despreciando a los “del mundo” por enfermos o pecadores, termino creyendo que son más discípulos de los fariseos que de Jesús de Nazaret, que tocaba a los intocables (Marcos 1:40-44) y se sentaba a la mesa con los que estaban aislados (Lucas 15:1-2).

A veces creo que la espiritualidad de algunos sigue más a Juan Bautista que a Jesús de Nazaret:

“Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: “Tiene un demonio”. Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: “Ahí tenéis a un comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores”. (Mateo 11:16-19).

Definitivamente creo que no se puede ser un verdadero cristiano si no se goza la vida, si no se es feliz disfrutando la cotidianidad y llenando de un sentido sublime las acciones diarias de la vida. No se trata de apartarse del mundo, sino de involucrarse. No se trata de aislarse, sino de tender puentes y relacionarse.

Lamento la visión dualista que implica un desprecio por lo que no es religioso y lo ve como signo de lo malo, de lo que nos aparta de Dios. Eso solo nos lleva a vivir en la estratosfera, desconectado de toda humanidad, desencarnados... todo lo contrario a lo que hizo el Verbo de Dios.

A pesar de haber intentado vivir en la realidad de mis hermanos de la comunidad, de tratar de disfrutar la vida como ellos la disfrutaban y de hablar como ellos hablaban, después de mi retiro y de entrar a interactuar en las relaciones diarias despojado del título de “padre” y de la seguridad que vivir el sacramento del orden me había dado en la sociedad, sentí que algo le hacía falta a la vida religiosa. Como religioso, estaba muy distanciado de la vida de las demás personas. Esa fue mi primera reflexión al iniciar mi nueva experiencia como un creyente comprometido con el Evangelio de Jesús, pero laico de nuevo, como al principio.

La experiencia espiritual no cambió. Sigo experimentando una buena relación con Jesús y viviendo una vida sacramental que me alimenta y me sostiene. Pero todas las

pequeñas cosas de la cotidianidad cambiaron. Tenía que adaptarme y para ello iba a necesitar mucha flexibilidad, creatividad, firmeza y compromiso. Muchas personas me empezaron a hacer esta pregunta en la calle y en las redes sociales: “Y ahora, ¿cómo lo llamo? ¿Le sigo diciendo ‘padre’?”. Y no faltó el que me exigiera que cambiara la P, de padre, de mi nombre en las redes sociales. Eran dos situaciones sencillas, pero que expresaban que todo había cambiado y que había que tener nuevas rutinas y dinámicas para seguir adelante.

En los días posteriores a la decisión me sentí muy apreciado por la mayoría de las personas. Hubo muchas manifestaciones de afecto en todos los lugares públicos por los que transité. Mucha gente me animaba diciendo que me acompañaba o me decía que admiraba mi valentía para decidirme. Algunos se acercaban, me daban un abrazo y me decían que estaban conmigo. Esas manifestaciones no solo me hicieron sentir querido, sino que me alentaron a seguir adelante y asumir las consecuencias de mis decisiones.

Aquellas personas entendían lo difícil que es tomar una decisión de estas, lo complejo que es reinventarse cuando los años han pasado y ya no se es tan joven, la inseguridad que se experimenta cuando se pierde el contexto que antes nos protegía. Sin embargo, sus felicitaciones levantaron el ataque de algunos religiosos que, en una comprensión para mi gusto bastante farisea de la experiencia de la fe, no solo atacaron a esas personas, sino que intentaron hacerme sentir traidor, como si tomar una decisión libre y consciente, fiel a los valores que me definen, me hiciera menos respetable o menos coherente. Eso lo sufrí. Pero sabía que esas personas eran pocas y entendía que su comportamiento era la consecuencia de su manera de ver la vida, incluso de su dolor, de los valores que los mueven. Tal vez era su necesidad de sentirse superiores o de autenticar su dependencia de la vieja costumbre de ponerse en contra de todo, especialmente de todo lo que implique una renovación, incluso si esa renovación es total y exclusivamente personal. En cualquier caso, como cantaba Luis Enrique Ascoy, a finales de los años ochenta, puedo decir: “Gracias por último a todos aquellos que no simpatizan conmigo, pues sin quererlo me ayudan a vencer mi vanidad y a apreciar más a mis amigos”. Con eso me quedo.



La vida sucede mientras estás leyendo esto. Las personas a tu alrededor están haciendo cosas, tu corazón está funcionando, los gobernantes están decidiendo lo que nos va a tocar vivir a todos.

No se puede aplazar la vida esperando cumplir las expectativas de los demás; menos cuando cumplir esas expectativas te alejan de quien realmente eres, de lo que piensas, de lo que son tus más profundas convicciones.

A veces los seres humanos construimos mundos ideales y nos obsesionamos con ellos, tanto que terminamos exigiéndoles a los demás que se parezcan a eso que nosotros

creemos que es como se debe vivir. Les criticamos si no responden a eso, les lanzamos indirectas cada vez que tenemos la oportunidad. Si nos quedáramos escuchando a los demás, si les concediéramos toda la importancia que esperan tener, jamás haríamos nada. Nos quedaríamos atrapados en cumplirles a los demás sus deseos y nos condenaríamos a una infelicidad de la que después no podríamos echarles la culpa. Podemos romper con eso, pero a veces no queremos.

Dios ha hecho milagrosa la experiencia de existir, no te quepa la menor duda. Otra cosa es que nosotros la hayamos complicado al punto de que haya quienes no puedan encontrarle el más mínimo gusto a vivir, ni algo bueno de lo cual alegrarse. Por eso tantos huyen de su propia vida. Hay quienes usan sustancias como el alcohol y las drogas, y hay quienes se esconden tras una espiritualidad que los ausenta del mundo. A unos y otros Dios los invita a volver a poner los pies en la tierra, a tomar las manos de las personas que tienen cerca, a dar palabras de aliento a quienes las necesitan y a la cruda pero misteriosa realidad de los problemas. Porque es en el mundo donde puede suceder la historia, es aquí en donde todo cobra sentido.

Si tienes una experiencia espiritual, si una creencia profunda hace parte de tu vida, asegúrate de vivirla de manera que te mantenga aquí, cerca de los que amas, concentrado en lo que haces, en tus talentos, en tus capacidades, en lo que mejor sabes hacer y en lo que mejor eres. No te permitas vivir una alucinación que te aparte de lo que está pasando frente a ti. Tal vez eso incomode a algunos, pero no les prestes demasiada atención. Estás aquí para que tu vida sea útil, no para convertirla en lo que otros quieren que sea.

«««

Cuando escribo estas páginas estoy al borde de cumplir 50 años y tengo claro que estoy en un momento decisivo de la vida. Sé que la responsabilidad de poner en marcha lo que sigue, aquello con lo que puedo contribuir, la tengo es conmigo mismo, con nadie más. La decisión ya está tomada y ahora hay que iniciar la nueva vida. La mirada que tengo del pasado, las personas que me han acompañado, los aprendizajes realizados y, sobre todo, el poder de Dios que tan tantas veces he presenciado, serán las herramientas que utilice para iniciar el viaje y no detenerme ante ninguna situación que se interponga en el camino.

Los meses previos a la decisión me cuestionaba constantemente: ¿Cuál es el camino? ¿Qué voy a hacer de ahora en adelante? La pregunta que me hacía más exactamente era: *Si pudiera elegir cuatro cosas para hacer por el resto de mi vida, ¿cuáles serían?*

Educar, comunicar, inspirar, escribir. Estos cuatro asuntos a los que llegué han sido fundamentales en mi vida y han definido mi vocación de servicio. Han sido escenarios en los que he sentido que lo que tengo por aportar puede ser útil. No podré hacer otras cosas, no solo porque no las sé hacer, sino porque esas son las que me gustan.

Ese es el camino y a lo que pienso dedicarme por el tiempo que me reste de vida.

Quiero educar. Me gustan las preguntas y las angustias que produce el conocimiento. Me encanta cuando siento que he entendido algo de una manera distinta, que puedo saborear la victoria del que sabe que acaba de apoderarse de algo que desconocía o de quien siente que ha absorbido una nueva certeza. Sobre todo, quiero aportar a la educación emocional —tema de mi tesis doctoral—. Necesitamos encontrar una didáctica que nos ayude a entrenarnos en el descubrimiento, el manejo y el desarrollo de nuestras habilidades emocionales.

Me niego a hacer parte de un discurso educativo incapaz de captar la atención de los jóvenes y de propiciarles los revolcones existenciales propios del conocimiento. Me niego a creer que todos los métodos ya están inventados y que tenemos que seguir dictando clases a la manera de la escolástica, como tantas instituciones educativas persisten en hacerlo hoy. Creo en la seducción y en la provocación como camino de aprendizaje. Sé que pase lo que pase no dejaré de participar de la aventura de la educación.

Quiero comunicar. Hace tiempo entendí que no se puede anunciar la propuesta de Dios lejos del areópago moderno. Me cuesta comprender que algunos todavía le tengan miedo a la lógica de los medios masivos y se escondan de ellos. No puedo aceptar que los que queremos llevar el mensaje del amor a la gente pretendamos que las lógicas de los medios se adapten a nosotros, en vez de buscar renovar nuestro lenguaje y las maneras en que estamos comunicando la salvación. Sé que muchos han creído que mi decisión es consecuencia de los medios. He escuchado y leído que nos dicen “faranduleros” a todos los que encontramos en los medios espacios para evangelizar. Y aunque entiendo que aquellos que le tienen miedo a los desafíos que impone la modernidad se escondan tras el burladero esperando que algunos pocos vengan a buscarlos, creo que es un error desconocer la importancia de predicar en los medios.

Yo no decidí pedir la dispensa de las promesas sacerdotales porque trabajara en los medios. Ellos no me “sedujeron maliciosamente” hasta apartarme del ministerio. No me atrae la farándula, no he cambiado mis amistades de toda la vida por tener seguidores en Twitter. **Lo que encuentro apasionante de los medios es que me dan la posibilidad de llegarles a muchas personas, de exponer masivamente el sentido de vida que ofrece Jesús.** No creo que los medios sean “del mundo” y que por eso los presbíteros deban mantenerse lejos de ellos. No vale la pena preguntarse si los medios le hacen daño a la espiritualidad de un consagrado. Lo que habría que cuestionarse mejor es cuánto daño les hace a los presbíteros comunicadores la lluvia de críticas, ataques, sospechas o aislamiento que muchos reciben por haber entendido como suyo ese ministerio de comunicar. La pregunta que habría que hacerse es si hay suficientes espacios al interior de la comunidad, si internamente se les posibilita llevar a cabo su trabajo en sinergia con sus talentos y especialidades.

Mi vida ha sido en los medios —los masivos y los virtuales—, y estoy seguro de que seguiré estando allí. Disfruto estar en Caracol Televisión compartiendo ideas, reflexiones

y tareas. Me gusta estar en Blu Radio, hablando de temas muy diversos y compartiendo con personas muy distintas a mí, no solo en su forma de ser, sino en su forma de pensar. Nadie se presenta allí como poseedor de la verdad; todos son buscadores que quieren aportar y construir. Hacer parte de esa mesa de trabajo ha sido una experiencia fantástica y una de las vivencias más enriquecedoras durante esta transición. Desde ya sé que estaré por siempre agradecido con este trabajo que estoy haciendo con tanto agrado.

También las redes sociales son un escenario de comunicación grandioso que aún no termino de descifrar, pero en el que me siento cómodo compartiendo lo que pienso, lo que vivo espiritualmente y lo que creo. Disfruto tener contacto directo y sin barreras con quien aprecia lo que digo o quien lo critica. Aún a pesar de que muchos utilicen las redes sociales para descargar su rabia y dañar sin ningún temor, seguiré explorando mi presencia digital, pues estoy convencido de que quien quiera compartir un mensaje valioso con el mundo debe estar ahí. Sé que si Jesús viviera hoy entre nosotros estaría en las redes sociales compartiendo sus palabras, pues Él siempre supo encontrar a las personas allá donde ellas se hallaran.

Quiero inspirar. A lo largo de mi vida me he sentido inspirado por muchas personas. Tuve formadores que me hicieron comprender que la vida no estaba en donde yo la buscaba, que siempre había que sospechar que detrás de cada cosa había algo más. He escuchado predicadores que han movido mi manera de ver la vida y de concebir la fe. He leído libros que me han hecho entender cosas que siempre me había preguntado y, sobre todo, he compartido la vida con personas que admiro porque se toman en serio la existencia —sus decisiones, sus errores, sus opciones fundamentales—, se hacen preguntas sobre la vida que yo no me había hecho y me presentan posturas que yo nunca había contemplado. Me he sentido profundamente tocado por la vida de personas sencillas en las que reconozco una valentía con la que yo apenas puedo soñar, personas que enfrentan cada día adversidades para las que yo no estaría preparado. A todos ellos quiero honrarlos, dedicando lo que me queda de vida a inspirar a otros para que vivan de otra manera.

Ahora bien, por lo pronto no predicaré más. Durante años me divertí haciéndolo y compartiendo la alegría del Evangelio con muchos hermanos. Cuando cierro los ojos en mi oración, agradezco por ese don y por los encuentros que me ha permitido tener con la gente. Sé que mi estilo de predicación es distinto al tradicional y sé que es un regalo de Dios, por lo que siempre lo acepté humildemente. No voy a negar que las predicaciones me harán falta. Sin embargo, entiendo que ahora no es el momento de ejercer ese papel. No he vuelto a aceptar las invitaciones a hacerlo, aunque las agradezco, entre otras cosas porque no quiero caer en las garras de la inquisición moderna que anda al acecho de personas a quien quemar. Tampoco quiero que me acusen de querer confundir al pueblo de Dios ahora que no soy cura. Aunque predicara lo que siempre prediqué, no se me haría raro que lo que antes parecía lúcido y motivador, a la luz de las nuevas circunstancias se juzgara como errado o inconveniente por muchos.

Lo que sí haré es seguir inspirando a muchos desde otras instancias. Hay que inspirar

en las organizaciones, en las empresas, en las instituciones oficiales y en todos esos escenarios en los que se les pide a las personas mucha capacitación en tantas cosas, pero no siempre se les ofrecen herramientas para vivir, para poder realizarse y completar un proyecto de vida que les permita sentirse satisfechas.

En mis recorridos por el país dando charlas y predicaciones me he encontrado con gobernantes, miembros de la fuerza pública, maestros y líderes comunitarios que me han compartido las dificultades de su gente, y en especial de la más joven. Me han relatado su dura realidad y la falta de sentido que algunos viven por las pocas oportunidades que tienen. Durante este tiempo he pensado mucho en ellos, me he visto contando las historias de lo que viví en determinado lugar del Chocó, de la Guajira, del Putumayo, del Guaviare, de Norte de Santander. He descubierto en mí un llamado a responder a su situación con ideas, gestos y acciones que inspiren a esos jóvenes a buscar otro tipo de futuro, lejos de la fatalidad de abandonarse, de resignarse a vivir de lo que aparezca, muchas veces poniendo en riesgo su integridad y su vida.

Para ello hay que inspirar también a los padres y a los maestros. Ellos necesitan mejores herramientas para acompañar a los jóvenes en los desafíos de esta era cambiante para la que no estábamos preparados. Estoy trabajando en esto a la par con unos amigos que coinciden conmigo en este sueño, en una agencia de desarrollo humano llamada jai (www.jai.com.co), para que desde allí apostemos por la vida y por entrenarnos para vivirla bien.

Y claro, **quiero escribir**. Desde mis épocas del Minuto de Dios escribí muchos textos que buscaban ayudar a las personas a conocer mejor la fe cristiana desde un énfasis existencial, es decir, tratando de darle herramientas a la gente para que pudiera vivir su cotidianidad. Lo mejor de aquella experiencia fue el oracional *El man está vivo*, el cual seguiré escribiendo en la medida en que me sea posible, pues tengo todo el interés en que la gente que lo lee con frecuencia siga encontrando allí claves para estar cerca de Dios, para crecer con valentía y salir adelante. Sé que es un apoyo importante para la obra de evangelización y quiero seguir haciendo eso.

También seguiré escribiendo libros. En los títulos que he publicado con Editorial Planeta he hecho un esfuerzo por compartir temáticas que ayuden a las personas en su desarrollo personal y social. Ha sido una experiencia que me ha hecho crecer y de la que he disfrutado todo: desde la investigación de un tema —la cual puede durar hasta un año, pues quiero asegurarme de que el libro resulte tan útil como atractivo— hasta el proceso editorial.

Siempre que mi hermano Álvaro lee las crónicas de mis viajes —las cuales envío únicamente a mi familia y a mis amigos—, me recuerda que cuando éramos niños yo escribía los relatos de los paseos que hacíamos. Me dice que desde entonces supo que yo sabría acomodar las letras y las palabras para que tradujeran todas las emociones que había en mi corazón. Y así ha sido. Yo no concibo la vida sin los libros. Ellos son mis compañeros de siempre, mi única valiosa pertenencia material. Quién sabe cuántas noches de soledad me acompañaron con sus susurros de ideas brillantes y de mundos

mágicos. Los he gozado, los seguiré leyendo y los seguiré escribiendo. No creo que pase un día sin que haga ambas cosas. Siempre estoy leyendo un libro y siempre estoy escribiendo un libro. Eso no va a cambiar.



No sé si te pasa, pero a mí muchas cosas de las que veo no me gustan del todo. Parece contradictorio. Recién te dije que el mundo es el escenario de los milagros de la existencia, y lo creo —estoy convencido de que tiene sentido ese relato del Génesis en el que Dios, al terminar de crearlo todo, pensó que todo estaba bien—. Pero también creo que nosotros, con nuestros modos de vivir y especialmente con nuestros modos de convivir, hemos hecho que las cosas se pongan feas en algunas ocasiones. Por eso creo que no podemos vivir la vida solo pensando en nosotros mismos, en nuestros gustos, deseos y sueños. No creo que podamos reducir el mundo a nosotros, menos cuando ya hemos encontrado que solo sirviendo podemos desplegar lo más auténtico de nosotros y toparnos cara a cara con la plenitud.

Elige bien lo que vas a hacer. No tienes más vidas para ensayar. Tienes esta. Aquí está la oportunidad que te entregaron, tienes tiempo, tienes gente, tienes talentos. No los entierres por el miedo, ni por la vanidad. Ser admirado es algo que puede resultar muy atractivo, pero no se compara con ser útil. Ser deseado es algo a lo que muchas personas le invierten demasiado tiempo y esfuerzo, pero ser capaz es algo mucho más poderoso y perdurable. Ser capaz de transformar, de crear, de tomar una situación caótica y darle un giro hasta que termine siendo algo positivo. Ser capaz de darle sentido a la vida de los otros, especialmente a la de aquellos que parecen no encontrar ningún sentido, porque la han pasado mal o porque están inmersos en el cúmulo de consecuencias de sus malas decisiones.

Elige algunas cosas, pocas, concretas, en las que te descubras bueno y apasionado, para las que tengas destreza. Piensa bien para qué le pueden servir esas cosas a este convulsionado mundo que parece condenar a tantas personas a la infelicidad. La vida cobra sentido cuando nos decidimos a hacer algo que no termina en nosotros mismos. Somos humanos en la medida en que seamos capaces de conmovernos con las cosas que le pasan a los demás. Por eso amar es la fuerza más poderosa que existe. Por eso Dios amando lo transforma todo.



Yo no me salí del sacerdocio por una mujer. Ninguna persona tiene tanto poder sobre mí. Ahora, sí me imagino construyendo una familia y teniendo una relación de pareja con una mujer inteligente, con valores claros y dispuesta a fabricar los sueños que elijamos juntos. Espero estar enamorado y amar con todas las fuerzas de mi ser, ser feliz

y hacer feliz a mi pareja. No me imagino con hijos, por mi edad, pero estoy abierto a lo que Dios me vaya mostrando en el camino. Estoy convencido de que todo llega a su tiempo. No tendré vergüenza de mostrar a la mujer que elija para compartir la vida, creo que eso forma parte de la aventura de existir y se debe asumir con la sencillez y la honestidad del caso. Va a ser interesante poner en práctica todo lo que por tantos años hablé sobre la vida de pareja, sobre la convivencia, el amor de dos, la negociación de las perspectivas. Pondré a prueba tantas cosas que aprendí en el acompañamiento a las parejas, lo que estudié para poder hacer pastoral y lo que reflexioné para poder escribir en los libros que tratan sobre ese tema.

No me sentiré traicionando a Dios por tener una relación —¡ni que Él fuera una pareja celosa!—. Mi vínculo con Dios es de padre/madre a hijo, nunca lo he entendido como si fuera una alianza de esposos. Él es mi Dios, mi Dueño, mi Señor y mi Creador, no es mi pareja. Eso no suena sano ni sensato. Por eso debo decir que he sido coherente con mis opciones presbiteriales y he vivido con honestidad los compromisos que adquirí cuando me ordené hace 25 años. Aunque nunca desprecié la sexualidad ni la afectividad, y jamás consideré pecaminosa ni demoniaca la genitalidad, yo me tomé mi celibato muy en serio. Lo entendí como una manera de ser más libre para servirle a mis hermanos. Sin embargo, yo no “me casé” con la Iglesia, como algunas personas me reclaman en las redes sociales, imagino que desde su falta de formación.

El celibato es una exigencia que debe reevaluarse y dejar de ser obligatoria. Creo que, al mantener esta condición, la Iglesia se está perdiendo de muy buenos jóvenes con vocación presbiterial. Esa no debería ser la norma en una época en la que la afectividad cumple un papel mucho más importante en la vida de las personas que en tiempos anteriores. Tengo claridad de que teológicamente la vocación del sacerdocio y la vocación del celibato no siempre coinciden. Sé que esa es una disciplina que puede cambiar y estoy seguro de que así será, como ya sucedió en la Iglesia cuando, durante los primeros once siglos de la historia eclesial, los presbíteros se casaban y lideraban comunidades, sin ser por eso menos sacerdotes que los que hemos vivido célibes. Sé que la fuerza del Espíritu Santo hará que esa norma cambie, lo que seguro nos dará nuevas posibilidades de entender el ministerio. Aquella será una gran bendición para la comunidad eclesial.

Yo fui célibe y Dios es testigo de eso. Pero ya no quiero serlo más. Eso no significa que haya dejado de amar a Dios o de vivir mi fe católica. Sé cuáles son las obligaciones y los límites que tengo, y los viviré en libertad como lo he hecho hasta hoy. Cuando se conoce el amor de Dios y la propuesta de Jesucristo, sólo se puede ser libre. Mi experiencia espiritual seguirá como hasta hoy. A mí no me falta oración; hablar con Dios es una de las cosas que más disfruto en la vida. Seguiré haciendo parte de las celebraciones sacramentales como el fiel que soy. No abandonaré mi fe, aunque algunos quieran echarme y me ataquen. Yo soy terco: nací católico y moriré católico. Eso sí, no soy sectario —lo que es completamente contrario a ser católico—. No soy enemigo de los ateos, de los agnósticos ni de nadie que tenga una fe distinta a la mía. Creo en tender puentes y vivir en el respeto.

No le tengo miedo a la aventura. Sé que eso le da sentido a la vida y llena de emociones trepidantes todo lo que somos. Me lanzaré y gozaré todo lo que esas aventuras me generen. Seguro fallaré, pero me levantaré y volveré a intentarlo. Tengo 50 años y aún puedo aprender mucho. Quiero que cuando llegue a la vejez pueda sentir que estoy satisfecho con todo lo que he hecho.

Espero no volver a sentirme solo nunca más. Confío en poder lograr las conexiones existenciales que se necesitan para que el corazón palpite, poder lograr proyectos comunes y ser feliz en medio de los campos de batalla. Sé que todo esto me costará, que me herirá esa gente que a pesar de hablar mucho del amor y de Jesucristo se ha mostrado cruel y dañina desde que tomé la decisión de mi retiro. Pero también sé que el amor todo lo sana y que seguiré adelante. No tengo miedo, Él está conmigo.



Ya tomaste la decisión. Ahora hay que convertir el plan en realidad. No se puede improvisar. Hay que tener mucho carácter para encontrar los caminos para seguir adelante. Es preciso caminar con firmeza y con flexibilidad: con la firmeza de quien sabe que en esos senderos se está jugando la vida y con la flexibilidad de quien entiende que no todo es definitivo, que se puede cambiar sin perder la esencia.

La nueva vida debe iniciar con objetivos claros. ¿Sabes qué es lo que quieres hacer? Entonces es el momento de hacerlo. Ten claros tus valores no negociables —los que trazan el marco de tus decisiones— y tus intereses concretos —los que definen tus proyectos—. Si tomas una decisión es para realizarla de la mejor manera, no puedes quedarte quieto.

Estoy convencido de que el dolor del parto de la nueva vida pasa rápido, no así el de la despedida de lo que se vivió. Hay personas que se lanzan ágilmente a las nuevas etapas de su vida pero tardan mucho tiempo en cerrar ciclos, solo porque no quieren despedirse del todo de eso que saben que ya no quieren seguir viviendo. Por miedo a la soledad, al abandono o al fracaso, se quedan anclados a su incapacidad para romper apegos y dependencias. Entonces se convierten en personas expertas en sabotear los planes que hacen para tener una vida mejor. Hay que ponerse por encima de eso con coraje y valentía. No podemos pedir el apoyo de los demás cuando nosotros mismos no estamos dándonos apoyo para llevar a cabo lo que decidimos.

Vas a poder hacerlo. No estás solo. La gente que te quiere, los amigos nuevos que aparecerán en tu vida y Dios, el cómplice eterno de los buenos sueños, estarán junto a ti. Con su apoyo no pensarás nunca más que no hay salida, jamás se te pasará por la cabeza la idea de rendirte. Tal vez otro día, dentro de un tiempo, vuelvas sobre estas palabras y recuerdes lo difícil que parecía y lo bien que al final resultó todo. Tu historia se parecerá a aquella inolvidable frase de Facundo que dice que “ayer soñé que podía y

hoy puedo”.

««« —————

CONCLUSIÓN



Lecciones aprendidas

No sé cómo me va a ir en esta nueva manera de vivir. De lo que estoy seguro es de que daré lo mejor de mí para ser feliz, gozarme cada instante y aprender de todas las situaciones una lección de vida que me haga mejor persona. Ya no tengo miedo. Estoy convencido de que he hecho lo mejor. Me he dejado llevar por la honestidad, la autenticidad y la coherencia. Sé que lo que viene no será fácil. Sin embargo, estoy preparado. Sé que ya no tengo 25 años, pero también sé que hoy tengo más experiencia que en ese momento. Ahora solo me queda vivir con la pasión y con la fuerza que me han hecho feliz siempre. Haré que cada día tenga algo memorable que cuando esté más viejo pueda celebrar con alegría.

Seguiré viviendo intensamente mi relación con Dios. No he dejado de creer en Él ni de amarlo con todas las fuerzas de mi ser. No he dejado de ser católico y seguiré viviendo en mi vida sacramental y en la oración personal. La espiritualidad cristiana me compromete con la vida y me hace dar lo mejor de mí para alcanzar mis metas. No puedo entender mi vida sin una relación íntima y profunda con Jesús de Nazaret y he optado por asumir su propuesta existencial como mía. En eso me esfuerzo diariamente.

Sé que estarán a mi lado las personas que me quieren y están dispuestas a ayudarme. Mi familia y mis amigos me han demostrado su cariño y apoyo en cada situación que he vivido, sé que ellos me continuarán aportando su solidaridad. Además seguiré tomando ánimo de todas las personas que me escriben por las redes sociales con mensajes de solidaridad y aún de críticas constructivas.

Estoy seguro de que podré construir relaciones más próximas que no me permitan volver a sentirme solo. Entiendo que no se puede vivir la vida sin la relación con los otros. Por eso quiero construir conexiones cada vez más profundas, que me permitan compartir los sueños sublimes que nos hacen trascender; conexiones marcadas por el consentimiento, el cuidado y el dejar ser a la otra persona.

Espero haber podido satisfacer la curiosidad de aquellos que se preguntaban por qué tomé la decisión de vivir mi vida de otra manera. Pero más allá de ello, espero haberte animado a ti, querido lector, a liberarte de lo que no te deja ser y a tener el coraje de reinventarte, aceptándote y amándote tal cual eres, valorando y agradeciendo todo lo que has conseguido y encontrando en ti y a tu alrededor las herramientas necesarias para seguir adelante.

Espero que mi experiencia personal genere en ti una reflexión profunda que te permita entender qué es lo que quieres para tu vida. Sea lo que sea, lo importante es no tenerle miedo al cambio. No hay que perder de vista que siempre terminamos por adaptarnos a las nuevas experiencias y que siempre podremos crecer, como los seres dinámicos que somos. No dejes que nada ni nadie, y mucho menos la falsa religiosidad, te haga abdicar de las ganas de ser feliz y de construir tu vida en medio de los valores

que te definen. Recuerda que se trata de ser bueno y honesto siempre.

Sé feliz.

A ti que me lees,

Creo que tú y yo tenemos muchas cosas en común. Ambos hemos tomado decisiones cruciales, hemos apostado todo por un sueño y hemos sentido que vale la pena dedicar nuestra vida a una causa. Pero también hemos dudado en algún punto de nuestra apuesta, hemos imaginado otro camino y hemos contemplado la posibilidad de cambiarlo todo y empezar de nuevo.

Durante muchos años escuché a las personas hablar sobre su vida -sus ilusiones, sueños, problemas o dificultades-. Me sorprendía que tantas personas se sintieran atrapadas en situaciones que no querían vivir. Algunas no se atrevían a cambiar porque no soportaban el fracaso o vivían de caprichos y otras, porque a pesar de que en sus decisiones habían obrado con honestidad y coherencia, las cosas no habían resultado ser como creían, ni como planearon y de pronto se descubrieron viviendo algo que jamás habrían elegido y que no tendrían por qué soportar más.

Desde niño siempre me impactó que mientras los animales se adaptan a su medio, los seres humanos, con nuestra inteligencia, somos capaces de adaptar los medios a nosotros, a nuestras búsquedas. Creo que esa capacidad es lo más humano que tenemos. Podemos pensar, comprender, elegir, y así construir escenarios distintos y mejores a los que tenemos hoy. Escenarios que nos acerquen a la felicidad y nos ayuden a realizarnos plenamente.

Estoy convencido de que tanto tú como yo, de distintas maneras y de distintas formas, necesitamos vivir de otra manera. Y no lo haremos desde nuestras reacciones más hostiles: la rabia, el rencor, la venganza, sino desde las intenciones nobles y sublimes: la gratitud, la compasión, la solidaridad y la pasión por lo que nos hace vivir. Solo así podremos encontrar las piezas para armar un nuevo futuro.

Ten claro lo que quieres. No permitas que el miedo te impida elegir, tomar decisiones, desear o soñar. Es cierto que compartimos la vida con otros y que por eso no podemos ir haciendo todo lo que se nos ocurre sin pensar en los demás. Pero eso no significa que tengamos que dejar que los otros sean los dueños de nuestra historia, ni permitir que sean ellos quienes la escriban. Ten valentía para atreverte. Unas cosas van a salir bien y otras no. Que esa no sea tu excusa para dejar que el miedo, la costumbre o la rutina de lo conocido te hagan detenerte.

Ahora, tampoco lo improvises todo. La libertad no es falta de raíces, es permitir que el árbol dé los frutos que se nos antojen. Entonces, que cada paso sea fruto de un plan, de un proyecto, de una decisión tomada con serenidad y motivada por tus convicciones más profundas.

Juntos debemos reinventar este país y este mundo también. Nos tocó vivir en un rincón del planeta en el que las cosas no han sido fáciles, en el que hemos acumulado mucho dolor, en especial sobre los hombros de las personas más frágiles. Es hora de

hacer algo distinto, no desde la rabia, el rencor, la venganza o el miedo, sino desde lo mejor de nuestra identidad: las ganas, la alegría, la solidaridad y la capacidad de salir adelante en medio de las circunstancias más difíciles que alguien se pueda imaginar.

No podemos esperar a ponernos de acuerdo en todo, porque tal vez nunca va a pasar. Tampoco podemos intentar imponer nuestra visión a los demás. Hay que escucharnos, comprendernos, valorar lo distinto y lo diverso, apostar por el perdón y por la capacidad de coexistir. Hay que ser compasivos para poder perdonar y construir, desde nuestra mejor versión personal, una mejor sociedad.

Solo así podremos superar los años de injusticia, dolor, violencia y exclusión. Solo así podremos inventar un futuro esperanzador, digno de nuestra fuerza y de nuestra riqueza humana. Solo así podremos lograr cambiarle el rumbo a nuestra historia.

Nos lo merecemos.

Espero que estas palabras que te escribo con sencillez y humildad te ayuden a ser más feliz y a tomar el valor de vivir tu vida de otra manera.

Bendiciones,

A handwritten signature in cursive script, appearing to read 'Cinero', centered on the page.



*Voy a abdicar al trono de mi reinado, vengo a decirle: me rindo, majestad, usted será la reina, yo su vasallo, le entrego toda mi libertad... pero si abusa de mi desprendimiento, automáticamente me vuelvo un rey, porque si abusas de mi desprendimiento, automáticamente me vuelvo un rey.*⁸

⁸ Verso de la canción vallenata *Me rindo, majestad*, de Adolfo Pacheco, la cual me inspiró para comunicar públicamente la decisión de retirarme del ministerio.

Agradecimientos

Agradezco a los amigos de jai (www.jai.com.co), que me acompañan en el sueño de aportar a que esta sea una sociedad mejor. En especial, agradezco a Beto Vargas, quien trabajó muchas horas conmigo en este texto y que conoce bien lo que me mueve a intentar vivir de otra manera.

Alberto Linero nació en la bahía de Santa Marta en octubre de 1968. Tiene estudios en Filosofía y Teología, una maestría en Comunicación Social de la Universidad Javeriana, una especialización en Negociación de la Universidad del Norte, una especialización en Alta Gerencia de la Universidad de los Andes y un doctorado en Educación de la Nova Southern University.

Como educador, escritor, conferencista y comunicador de distintos medios, ha realizado un arduo trabajo a lo largo de casi tres décadas con el objetivo de inspirar y aportar felicidad a la vida de las personas. Con más de 25 libros publicados, es uno de los autores más vendidos en Colombia. Sus textos promueven el fortalecimiento de la libertad personal, del proyecto de vida y de las relaciones interpersonales.

Además, comparte sus reflexiones diarias a través de la publicación *El man está vivo* y del espacio que lleva el mismo nombre en el programa *Día a día* del Canal Caracol en Colombia. Desde marzo de 2018 hace parte de la mesa de trabajo de *Mañanas Blu*, un programa de la emisora con mayor crecimiento de audiencia en Colombia.

Biblioteca Alberto Linero

Dios es mujer

Si estás enamorado, no te cases

¿Qué tiene ella que no tenga yo?

No mendigues amor

Señor, ahoga mi dolor

Los milagros de la Madre Laura

El poder de las decisiones

La luz al final del túnel puedes ser tú

Sin libertad no hay amor

Mi venganza es perdonarte

«Lo primero que había que precisar era esto: *Realmente, ¿qué era lo que estaba en crisis?* Yo no estaba dudando de mi fe, ni de mi vocación primera de servir a mis hermanos con todas las fuerzas de mi ser. Tampoco era una crisis respecto a mi pertenencia a la Iglesia católica, a la que tanto le debo y en la que he vivido y viviré feliz. No era una necesidad emocional que se aplacara con un cambio de ciudad, ni se trataba de un problema afectivo que se pudiera resolver con una pareja. Era un desencuentro profundo con la manera en que se entiende el ministerio de los sacerdotes hoy en día, un desamoramiento, una pregunta por mis posibilidades de vivir de otra manera mi misión evangelizadora dentro de ese contexto».

Un testimonio inspirador sobre los nuevos comienzos. Una reflexión profunda, escrita por el hombre que durante tantos años cautivó al país desde la Iglesia y que hoy decide retirarse del sacerdocio para redescubrirse en la vida laica.

Índice

Página del título	2
Copyright	4
Contenido	5
Introducción. Razones de una decisión	6
Nota preliminar. Mi historia, tu historia	10
Capítulo I. La mala noticia es que estás en crisis, la buena noticia es que estás en crisis	16
Capítulo II. Quien sabe agradecer sabe vivir	32
Capítulo III. El plan perfecto no existe	45
Capítulo IV. La vida vuelve a empezar	58
Conclusión. Lecciones aprendidas	71
A ti que me lees...	74
Agradecimientos	77
Contraportada	79